

Marcel Schwob

El Rey De La Mascara De Oro

BRUGUERA ALFAGUARA

Título original: LE ROÍ AU MASQUE D'OR

Traducción: *Sol Noguera*

1ª edición: enero, 1980 La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A,

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Primera edición en Nostramo: julio, 1977

Traducción: © Sol Noguera 1977

Diseño cubierta: Mario Eskenazi

Printed in Spain

ISBN 84-02-06817-0 / Depósito legal: B. 39.276 - 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Valles (Barcelona) - 1980

BRUGUERA LIBRO AMIGO

Marcel Schwob

Ensayista, novelista y poeta francés, nació en 1867 en Chaville, Isla de Francia. Descendiente de una familia de notables rabinos, fue Doctor en Filología clásica y Lenguas Orientales por la Sorbona. Viajó por España, África, Italia y Oriente. Apasionado por la vida y obra de François Villon, dedicó diez años a estudiarlas, muriendo sin haber dado cima a su importante biografía. Fue una verdadera autoridad en sánscrito. En los últimos años de su vida se convirtió al catolicismo. Murió en París en 1905»

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

- Étude de l'argot français (1889)
- Le jargon des coquillards en 1415 (1890)
- Mimes (1894)
- Le beau double (1892)
- Le livre de Monelle (1894)
- La croisade des enfants (1896)
- Vies imaginaires (1896)
- La porte des rêves (1902)
- La lampe de Psyche (1903)
- Les castiques de la vie (1904)

INDICE

El Rey De La Mascara De Oro.....	5
La Muerte De Odjigh.....	13
El Incendio Terrestre.....	16
Las Embalsamadoras.....	19
La Peste.....	21
Los Carátulas.....	24
Los Eunucos.....	27
Las Milesias.....	29
Orfila 52 Y 53.....	31
El Sabbat De Mofflaines.....	34
La Maquina Parlante.....	36
Blanche La Sangrienta.....	39
La Grande-Brière.....	41
Los Contrabandistas De Sal.....	44
La Flauta.....	47
La Carreta.....	50
La Ciudad Dormida.....	53
El País Azul.....	55

El Rey De La Mascara De Oro

A Anatole France

El rey enmascarado de oro se alzó del negro trono en el que estaba sentado desde hacía horas y preguntó la causa del tumulto. Los guardias de las puertas habían cruzado las picas y se oía entrechocar el hierro. Alrededor del brasero de bronce también se alzaron los cincuenta sacerdotes situados a la derecha y los cincuenta bufones situados a la izquierda, y las mujeres agitaban las manos en semicírculo ante el rey. La llama rosa y púrpura que relumbraba en la alambreira de bronce del brasero hacía brillar las máscaras de los rostros. Imitando al descarnado rey, mujeres, bufones y sacerdotes llevaban inmutables caras de plata, cobre, madera y tela. Las máscaras de los bufones se abrían de risa mientras que las máscaras de los sacerdotes se obscurecían de preocupación. Cincuenta rostros sonrientes florecían a la izquierda y cincuenta rostros tristes fruncían al ceño a la derecha. No obstante, los claros tejidos que cubrían la cara de las mujeres imitaban rostros eternamente graciosos y animados por una sonrisa artificial. Pero la máscara de oro del rey era majestuosa, noble y verdaderamente real.

Ahora bien, el rey se mantenía silencioso y a causa de ese silencio se parecía a la raza de reyes de la cual era el último. En otro tiempo la ciudad estuvo gobernada por príncipes que llevaban la faz descubierta, pero largo tiempo atrás había surgido una amplia horda de reyes enmascarados. Ningún hombre había visto la cara de los reyes e incluso los sacerdotes ignoraban la razón. Pero en tiempos remotos se dio la orden de cubrir los rostros de todos los que acudían a la residencia real y aquella familia de reyes sólo conocía las máscaras de los hombres.

Mientras se estremecían los hierros de los guardias de la puerta y retumbaban sus sonoras armas, el rey preguntó con voz grave:

—¿Quién osa turbarme a la hora en la que me siento entre mis sacerdotes, mis bufones y mis mujeres?

Los guardias respondieron temblorosos:

—Muy absoluto rey, máscara de oro, es un hombre miserable vestido de larga túnica; parece uno de esos piadosos mendigos que vagan por la comarca y lleva la cara descubierta.

—Dejadle entrar —dijo el rey.

Entonces el sacerdote que llevaba la máscara más grave se volvió hacia el trono y se inclinó:

—¡Oh, rey! —dijo—. Los oráculos han pre-dicho que no es bueno para tu raza ver los rostros de los hombres.

El bufón cuya máscara estaba hendida por la risa más amplia volvió la espalda al trono y se inclinó:

–¡Oh, mendigo –dijo– a quien no he visto aún! No hay duda de que eres más rey que el rey de la máscara de oro, puesto que a él le está prohibido mirarte.

La mujer cuya falsa cara tenía el vello más sedoso unió sus manos, las separó y las curvó como para asir los vasos de los sacrificios. El rey, dirigiendo los ojos a ella, temió la revelación de una faz desconocida.

Después, un mal deseo subió hasta su corazón.

–Dejad entrar a ese mendigo –dijo el rey de la máscara de oro.

A través del agitado bosque de picas entre las que brotaban espadas como hojas de resplandeciente acero salpicadas de oro verde y de oro rojo, un anciano de blanca barba erizada avanzó hasta el pie del trono y alzó hacia el rey una cara desnuda en la que vacilaban unos ojos inciertos.

–Habla –dijo el rey.

El mendigo replicó con voz fuerte:

–Si el que me dirige la palabra es el hombre enmascarado de oro, desde luego responderé; y creo que es él. ¿Quién se atrevería a levantar la voz en su presencia? Pero no puedo asegurarme por medio de la vista porque soy ciego. No obstante sé que en esta sala hay mujeres por el suave roce de sus manos en los hombros, hay bufones porque oigo risas, y hay sacerdotes porque cuchichean gravemente. Ahora bien, los hombres de este país me han dicho que estabais enmascarados; y tú, rey de la máscara de oro, último de tu estirpe, no has contemplado nunca rostros de carne. Escucha: eres rey y no conoces al pueblo. Los de mi izquierda son los bufones, pues los oigo reír; los de mi derecha son los sacerdotes, pues los oigo llorar; y noto que los músculos de las caras de estas mujeres hacen muecas.

El rey se volvió hacia aquellos que el mendigo llamaba bufones y su mirada encontró las máscaras sombrías de preocupación de los sacerdotes; se volvió hacia los que el mendigo llamaba sacerdotes y su mirada encontró las máscaras florecidas de risa de los bufones; bajó los ojos hacia la media luna de sus mujeres sentadas y sus rostros le parecieron bellos.

–Mientes, extranjero –dijo el rey–. Tú eres el sonriente, el lloroso y el gesticulador, pues tu horrible cara, incapaz de fijeza, se ha hecho móvil para disimular. Los que has señalado como bufones son mis sacerdotes y los que has señalado como sacerdotes son mis bufones. ¿Cómo podrías juzgar la belleza inmutable de mis mujeres si tu rostro se pliega con cada palabra?

–Ni la de ellas ni la tuya –dijo el mendigo en voz baja– porque no puedo saber nada, ya que soy ciego, pero tú mismo no sabes nada de los demás ni de tu propia persona. Yo soy superior a ti en esto: sé que no sé nada. Y puedo hacer conjeturas. Quizá los que te parecen bufones lloran bajo la máscara y es posible que los que te parecen sacerdotes tengan su verdadera cara retorcida por la alegría de poderte engañar; ignoras si las mejillas de tus mujeres son de color ceniza bajo la seda. Tú mismo, rey enmascarado de oro, ¿quién sabe si no eres horrible a pesar de tus adornos?

Entonces el bufón que tenía la boca más profundamente hendida de alegría lanzó una risotada que parecía un sollozo, el sacerdote que tenía la frente más sombría dijo una súplica parecida a una risa nerviosa y todas las máscaras de las mujeres se estremecieron.

El rey con cara de oro hizo un signo. Los guardias agarraron por los brazos al viejo de cara desnuda y lo arrojaron por la gran puerta de la sala.

Pasó la noche y el rey tuvo el sueño inquieto. Durante la mañana vagó por su palacio porque un nuevo deseo había subido hasta su corazón. Pero ni en los dormitorios ni en la alta sala embalsada de los festines ni en los salones pintados y dorados para las fiestas encontró lo que buscaba. En toda la vasta residencia reí no había ni un solo espejo. Así lo había establecido la orden de los oráculos y la ordenanza de los sacerdotes desde hacía largos años.

El rey, en su trono negro, no se divirtió con los bufones, no escuchó a los sacerdotes y no miró a sus mujeres: pensaba en su cara.

Cuando el sol poniente arrojó la luz de sus sangrantes matices hacia las ventanas del palacio, el rey abandonó la sala del brasero, apartó a los guardias, atravesó rápidamente los siete patios concéntricos cerrados por siete murallas resplandecientes y salió secretamente al campo por una poterna baja.

Iba temblando y con curiosidad. Sabía que encontraría otros rostros y, tal vez, el suyo. En el fondo de su alma quería estar seguro de su propia belleza. ¿Por qué el miserable mendigo había sembrado la duda en su pecho?

El rey de la máscara de oro llegó a los bosques que guardaban la orilla de un río. Los árboles vestían cortezas pulidas y rutilantes. Había ramas radiantes de blancura. El rey cortó algunos brotes. Unos sangraron por la cortadura un poco de savia espumosa mientras su interior quedaba salpicado de manchas oscuras. Otros revelaron podredumbres secretas y fisuras negras. La tierra era sombría y húmeda bajo el tapiz policromo de hierbas y florecitas. El rey dio la vuelta con el pie a un grueso bloque veteadado de azul cuyas lentejuelas reflejaron los últimos rayos de luz; un sapo desinflado se escapó del escondrijo con un sobresalto de espanto.

En el lindero del bosque, coronado el ribazo, el rey se paró encantado saliendo de entre los árboles. Había una muchacha sentada en la hierba; el rey veía sus cabellos trenzados hacia arriba, su nuca graciosamente curvada, su cintura flexible que hacía ondular su cuerpo hasta los hombros; pues entre dos dedos de la mano izquierda daba vueltas a un huso repleto y el extremo de un grueso copo se deshilachaba junto a su mejilla.

Se levantó cohibida, mostró la cara, y en medio de su confusión cogió entre los labios las briznas del hilo que torcía. De esa manera sus mejillas parecían atravesadas por una cortadura de matiz más pálido.

Cuando el rey vio los negros ojos agitados, las palpitantes ventanillas de la nariz, el temblor de los labios y la suavidad de la barbilla,, que descendía hacia la garganta acariciada por la luz rosa, se abalanzó entusiasmado hacia la muchacha y le cogió las manos.

—Por primera vez —dijo— quisiera adorar una cara desnuda, quisiera quitarme esta máscara de oro porque me separa del aire que besa tu piel y los dos iríamos maravillados a mirarnos en el río.

La muchacha, sorprendida, tocó con la punta de los dedos las láminas metálicas de la máscara real. Pero el rey soltó con impaciencia los cierres de oro; la máscara cayó en la hierba y la muchacha lanzó un grito de horror tapándose los ojos con las manos.

Al instante huyó por entre las sombras del bosque apretando contra el pecho el huso recubierto de cáñamo.

El grito de la muchacha resonó dolorosa-mente en el corazón del rey. Corrió por la orilla, se inclinó hacia el agua del río y un ronco gemido brotó de sus propios labios. En el mismo momento en el que el sol desaparecía al otro lado de las sombrías colinas azules del horizonte, percibió una faz blancuzca, tumefacta, cubierta de escamas, con la piel levantada por espantosas hinchazones y, recordando los libros, se dio cuenta inmediatamente de que era un leproso.

La luna subía por encima de los árboles como una aérea máscara amarilla. A veces se oía un batir de alas mojadas en medio de los arbustos. A lo largo del río flotaba un rastro de bruma. La reverberación del agua se prolongaba a gran distancia y se perdía en la profundidad azulada. Pájaros de cabeza escarlata rozaban la corriente en círculos que se disipaban poco a poco.

El rey, de pie, tenía los brazos separados del cuerpo como si le diera asco tocarse.

Recogió la máscara y se la colocó en la cara. Se dirigió al palacio como si caminara en sueños.

En la puerta de la primera muralla golpeó el gong y los guardias salieron agolpados con sus antorchas. Iluminaron su rostro de oro; el rey tenía el corazón sobrecogido de angustia creyendo que los guardias veían escamas blancas sobre el metal. Atravesó el patio bañado por la luna. Siete veces se le encogió el corazón con la misma angustia en las siete puertas cuando los guardias dirigieron las rojas antorchas hacia su máscara de oro.

Mas la pena crecía en él al mismo tiempo que la rabia, como una planta negra rodeada por una planta leonada. Los sombríos y turbios frutos de la pena y la rabia llegaron a sus labios y el probó el amargo zumo.

Entró en el palacio y el guardia de su izquierda giró sobre la punta de un pie con la otra pierna extendida e hizo un luminoso molinete con el sable; el guardia de su derecha giró sobre la punta del pie contrario extendiendo la pierna opuesta y dibujó sobre sí una resplandeciente pirámide con rápidos revoleos de su maza llena de diamantes.

El rey ni siquiera se acordó de que éstas eran las ceremonias nocturnas; pasó, estremecido, imaginándose que los hombres de armas querían derribar o partir su repugnante cara inflamada.

Las salas del palacio estaban desiertas. Algunas antorchas solitarias a medio consumir ardían en sus hacheros. Otras se habían apagado y lloraban con frías lágrimas de resina.

El rey atravesó las salas de festejos donde aún estaban esparcidos los cojines bordados con rojos tulipanes y amarillos crisantemos junto a mecedoras de marfil y sombríos asientos de ébano adornados con estrellas de oro. Celajes encolados y pintados con pájaros de patas esmaltadas y pico de plata colgaban del techo en el que se incrustaban cabezas de animales en madera coloreada. Había lámparas de verdoso bronce hechas de una sola pieza y con

prodigiosos agujeros abiertos y lacados de rojo por los que pasaba una mecha de seda retorcida hasta el centro de las arandelas empapadas de un negro aceitoso. Había sillones largos, bajos y combados, en los que al sentarse la cintura quedaba sujeta como por unas manos. Había jarrones fundidos en metales casi transparentes que sonaban agudamente bajo los dedos como si los hubieran herido.

En un extremo de la sala el rey cogió un hachero de bronce que clavaba sus lenguas rosadas en las tinieblas. Gotitas de llameante resina cayeron crepitando en sus mangas de seda. Pero el rey no se dio cuenta. Se dirigió a una alta galería oscura en la que dejó un rastro perfumado de resina. Allí, en las paredes cortadas por diagonales cruzadas, se veían retratos brillantes y misteriosos, pues las pinturas estaban enmascaradas y coronadas con tiaras. Sólo el retrato más antiguo, separado de los otros, representaba a un muchacho pálido, con ojos dilatados de espanto y la parte baja de la cara escondida entre adornos reales. El rey se detuvo ante el retrato y lo alumbró elevando el hachero. Después gimió y dijo: «¡Oh, primero de mi estirpe, hermano mío, cuan dignos de lástima somos!» Y besó los ojos del retrato.

El rey se detuvo ante la segunda cara pintada, que estaba enmascarada, y desgarró la tela de la máscara diciendo: «Esto es lo que había que hacer, padre mío, segundo de mi estirpe.» De la misma forma desgarró las máscaras de todos los de su estirpe hasta llegar a su propio retrato. Bajo las caretas arrancadas se vio la sombría desnudez de la muralla.

Después fue a la sala de los festines donde aún estaban puestas las brillantes mesas. Elevó el hachero por encima de su cabeza y líneas purpúreas se precipitaron hacia los rincones. En medio de las mesas había un trono con patas de león sobre las que caía una piel moteada; las cristalerías aparecían amontonadas en las esquinas junto a piezas de plata pulida y tapaderas perforadas de oro ahumado. Algunos frascos reflejaban luces violeta; otros estaban chapados por dentro con delgadas láminas traslúcidas de metal precioso. Un destello del hachero hizo relumbrar, como una terrible indicación sangrienta, una copa oblonga tallada en un granate, en la que los cope-ros tenían la costumbre de escanciar el vino de los reyes. El oro de la luz acarició también una cesta de plata trenzada en la que había panes redondos de sana corteza.

El rey atravesó las salas de los festines volviendo la cabeza a otro lado. «No les ha dado vergüenza –dijo– morder el vigoroso pan debajo de la máscara. ¿Quién fue aquel que conociendo su enfermedad prohibió los espejos en su casa? Es uno de aquellos a los que he arrancado la falsa cara: y he comido el pan de su cesta y he bebido el vino de su copa...»

Por una estrecha galería pavimentada de mosaico se llegaba a los dormitorios, y el rey se deslizó por ella llevando ante sí su antorcha sangrienta. Un guardia avanzó lleno de inquietud y su cinturón de gruesos aros llameó sobre la blanca túnica; después reconoció el rostro de oro del rey y se prosternó ante él.

La pálida luz de una lámpara de bronce suspendida en el centro alumbraba una doble fila de lechos mortuorios; las mantas de seda estaban tejidas con hilos de viejos colores. Un caño de ónice dejaba caer monótonas gotas en un sillón de piedra pulida.

El rey revisó en primer lugar el departamento de los sacerdotes; las máscaras graves de los hombres acostados se parecían durante el sueño y la inmovilidad. En el departamento de los bufones la risa de sus bocas dormidas tenía exactamente la misma amplitud. La inmutable belleza del rostro de las mujeres no se había alterado durante el reposo; tenían los

brazos cruzados bajo la garganta o una mano en la cabeza, y no parecían darse cuenta de que su sonrisa era graciosa aunque ellas la ignoraran.

Al fondo de la última sala se extendía un lecho de bronce con altorrelieves de mujeres inclinadas y flores gigantes. Los cojines amarillos conservaban la huella de un cuerpo agitado. Allí hubiera debido reposar el rey de la máscara de oro a estas horas de la noche y allí habían dormido sus antepasados a lo largo de los años.

El rey apartó la vista de su lecho: «Han podido dormir –dijo– con su secreto sobre la cara y el sueño ha venido a besarles la frente. Como a mí. Y no han arrojado su máscara a la negra faz del sueño para espantarlo a perpetuidad. Y yo he rozado este bronce y he tocado estos cojines en los que yacieron en otro tiempo los miembros de aquellos sinvergüenzas...»

El rey entró en la habitación del brasero, donde aún danzaban las llamas rosas y púrpura tendiendo sus rápidos brazos hacia los muros. Dio un golpe tan sonoro en el gran gong de cobre que a su alrededor vibraron todos los objetos metálicos. Los guardias, espantados, se precipitaron medio desnudos llevando sus hachas y sus mazas de acero erizadas de púas; los sacerdotes aparecieron dormidos y arrastrando sus túnicas; los bufones olvidaron los saltos sacramentales de entrada y las mujeres asomaron por las jambas de las puertas sus rostros sonrientes.

El rey subió al negro trono y ordenó:

–He tocado el gong con el fin de reuniros para una cosa importante. El mendigo ha dicho la verdad. Todos me engaños aquí. Quitaos las máscaras.

Entonces el rey de la máscara de oro se volvió a los sacerdotes y examinó cincuenta gruesas faces sonrientes con los ojillos cerrados por el sueño; volviéndose a los bufones examinó cincuenta faces macilentas minadas por la tristeza y con ojos sanguinolentos de insomnio; e inclinándose hacia la media luna de sus mujeres sentadas rió, pues sus rostros estaban llenos de aburrimiento y fealdad y cubiertos de estupidez.

–Así –dijo el rey– me habéis engañado durante tantos años acerca de vosotros mismos y de todo el mundo. Los que yo creía serios y me daban consejos sobre las cosas divinas y humanas parecen odres inflados de viento o de vino; los que me divertían con su constante alegría estaban tristes hasta el fondo del corazón; y vuestra sonrisa de esfinge ¡oh, mujeres! no significaba absolutamente nada. Sois unos miserables, pero yo soy aún más miserable que todos vosotros. Soy rey y mi rostro parece real. Pero ved la realidad: el más infeliz de mi reino no tiene nada que envidiarme. El rey se quitó la máscara de oro. Un grito se alzó de las gargantas de quienes lo veían, pues la llama rosa del brasero iluminaba sus blancas escamas de leproso.

–Son ellos los que me han engañado –gritó el rey–, quiero decir mis padres, que eran leprosos como yo y me han legado su enfermedad con la herencia real. Me han engañado y os han obligado a mentir.

La luna muriente asomó su máscara amarilla por el gran ventanal de la sala abierto hacia el cielo.

–Quizá –dijo el rey– esa luna que siempre vuelve hacia nosotros la misma cara de oro, tenga también otro rostro oscuro y cruel, de la misma manera que mi realeza se extiende

sobre mi lepra. Pero ya no veré más el aspecto de este mundo y volveré mi vista a las cosas oscuras. Aquí, ante vosotros, me castigo por mí lepra y por mi mentira, y a mi raza conmigo.

El rey recogió la máscara de oro y de pie en el trono negro, entre agitación y súplica, se clavó en los ojos los cierres laterales de la máscara con un grito de angustia; una luz roja brotó ante él por última vez y un raudal de sangre corrió por su rostro, por sus manos y por las sombrías gradas del trono. Se desgarró los vestidos, bajó los escalones vacilantes, y, separando a tientas a los guardias mudos de horror, partió solo en medio de la noche.

El rey leproso y ciego caminaba en la noche. Tropezó contra las siete murallas concéntricas de sus siete patios y contra los viejos árboles de la residencia real y se hirió las manos al tocar las espinas de los setos. Cuando pudo oír el sonido de sus pasos supo que estaba en el gran camino. Caminó durante horas y horas sin sentir siquiera la necesidad de tomar alimento. Sabía que le iluminaba el sol porque el calor le bañaba la cara, y reconocía la noche por el frío de la obscuridad. La sangre que había brotado de sus ojos arrancados le cubría la piel con una costra negruzca y seca. Cuando hubo andado mucho tiempo el rey ciego se sintió cansado y se sentó al borde del camino. Ahora vivía en un mundo oscuro y sus miradas se habían vuelto hacia sí mismo.

Cuando vagaba por la sombría planicie de sus pensamientos oyó ruido de campanillas. Inmediatamente se imaginó el paso de un rebaño de ovejas conducidas por carneros cuya gruesa cola apuntaba hacia el suelo. Tendió las manos para tocar la lana blanca porque no se avergonzaba ante los animales. Pero sus manos encontraron otras manos y una dulce voz le dijo:

—¿Qué quieres, pobre hombre ciego? —el rey reconoció la voz encantadora de una mujer.

—No debes tocarme —gritó el rey—. Pero ¿dónde están tus ovejas?

La muchacha que estaba ante él era leprosa y por eso llevaba campanillas colgadas de los vestidos. Pero no se atrevió a confesarlo y respondió con una mentira:

—Están detrás de mí.

—¿Dónde vas? —dijo el rey ciego.

—Vuelvo —respondió ella— a la ciudad de los Miserables.

Entonces el rey recordó que, en un lugar apartado de su reino, existía un asilo en el que se refugiaban los que habían sido expulsados de la vida a causa de sus enfermedades o de sus crímenes. Vegetaban en chozas construidas por ellos mismos o encerrados en cuevas excavadas en el suelo. Su soledad era extrema.

El rey decidió ir a la ciudad.

—Llévame allí —dijo.

La muchacha asió la tela de su manga.

—Déjame lavarte la cara —dijo— pues la sangre ha corrido por tus mejillas hace por lo menos una semana.

El rey tembló pensando que ella se iba a horrorizar por su lepra y abandonarlo. Pero la muchacha sacó agua de su cantimplora y lavó la cara del rey. Después dijo:

–¡Pobre! ¡Cuánto has debido sufrir al arrancarte los ojos!

–¡Cuánto he sufrido antes sin saberlo! –dijo el rey–. Pero vamos. ¿Llegaremos esta misma noche a la ciudad de los Miserables?

–Eso espero –dijo la muchacha.

Le guió hablándole tiernamente. No obstante, el rey ciego oía las campanillas y, volviéndose, quería acariciar a las ovejas. La muchacha tenía miedo de que adivinara su enfermedad.

El rey estaba extenuado de hambre y de fatiga. Ella sacó un trozo de pan del zurrón y le ofreció la cantimplora. Pero él tuvo miedo de manchar el pan y el agua, y rehusó. Después preguntó:

–¿Ves ya la ciudad de los Miserables?

–Todavía no –dijo la muchacha.

Anduvieron más lejos. Ella cogió lotos azules para él y él los masticó para refrescarse la boca. El sol bajaba hacia los grandes arrozales que se rizaban en el horizonte.

–Siento llegar hasta mí el olor de la comida –dijo el rey–. ¿No nos acercamos a la ciudad de los Miserables?

–Todavía no –dijo la muchacha.

Cuando el sangriento disco del sol aún cor» taba el cielo violeta el rey se desmayó de cansancio e inanición. Al final del camino, una delgada columna de humo temblaba entre techumbres de pasto. La bruma de los pantanos flotaba alrededor.

–Ahí está la ciudad –dijo la muchacha– la veo.

–Sólo entraré en otra –dijo el rey ciego—. Yo no tenía más que un deseo; hubiera querido hacer descansar mis labios en los tuyos, para apagar mi sed en tu rostro que debe ser muy bello. Pero te hubiera manchado porque soy un leproso.

Y el rey se desmayó en la muerte.

La muchacha estalló en sollozos viendo que la faz del rey era pura y limpia, y sabiendo que ella misma había temido mancharle.

Un viejo mendigo de barba erizada, cuyos inciertos ojos temblaban, llegó desde la ciudad de los Miserables.

–¿Por qué lloras? –dijo.

La muchacha le dijo que el rey ciego había muerto con los ojos arrancados y creyendo estar leproso.

–No ha querido darme el beso de la paz –dijo ella– para no mancharme; yo soy la verdadera leprosa a los ojos del cielo.

El viejo mendigo le respondió:

–Sin duda la sangre de su corazón, al brotar de sus ojos, le curó la enfermedad. Ha muerto creyendo tener una máscara miserable. Pero a estas horas ya ha dejado caer todas las máscaras de oro, de lepra y de carne.

La Muerte De Odjigh

A J. H. Rosny

En aquellos tiempos la raza humana parecía estar a punto de morir. El orbe solar tenía la frialdad de la luna. Un eterno invierno agrietaba el suelo. Las montañas, que habían surgido vomitando hacia el cielo las llameantes entrañas de la tierra, estaban grises de lava helada. Ranuras paralelas o estrelladas recorrían las comarcas; grietas prodigiosas, abiertas de repente, se tragaban las cosas de encima en un brusco descenso, y podía verse cómo se deslizaban lentamente hacia ellas largas filas de bloques erráticos. El aire obscuro estaba salpicado de agujillas transparentes; una blancura siniestra cubría los campos; la universal irradiación de plata parecía esterilizar el mundo.

Ya no había vegetación, sino algunas manchas de líquen pálido sobre las rocas. La osamenta del globo se había despojado de su carne, que está hecha de tierra, y las llanuras se extendían como esqueletos. La muerte invernal atacó la vida inferior; los peces y animales del mar habían perecido aprisionados en los hielos; luego murieron los insectos que hormigueaban en las plantas trepadoras, los animales que transportaban sus crías en las bolsas del vientre y los seres casi voladores que frecuentaban las grandes selvas; hasta tan lejos como llegaba la vista no había árboles ni verdura y sólo permanecía vivo lo que moraba en cavernas, grutas o cuevas.

También se habían extinguido ya dos razas entre los hijos de los hombres; los que habían habitado en nidos de lianas sobre la copa de los grandes árboles y los que se habían guarecido sobre casas flotantes en el centro de los lagos; selvas, bosques, bosquecillos y macizos estaban caídos en el resplandeciente suelo y la superficie de las aguas era dura y reluciente como la piedra pulimentada.

Los cazadores de fieras que conocían el fuego, los trogloditas que sabían horadar la tierra hasta su calor interior, y los comedores de peces que habían aprovisionado aceite marino en sus agujeros de hielo, aún resistían el invierno. Pero los animales eran cada vez más escasos porque el hielo los dominaba en cuanto sacaban el hocico a ras del suelo, la madera para hacer fuego se estaba agotando y el aceite ya era sólido como una roca amarilla coronada de blanco.

Pero un matador de lobos llamado Odjigh, que vivía en una profunda cueva y poseía una enorme hacha de jade verde, pesada y temible, se compadeció de las cosas animadas. Cuando estaba a la orilla del gran mar interior, cuya punta se alarga por el este de Minnesota, dirigió sus miradas hacia las regiones septentrionales, allá donde el frío parecía amontonarse. En lo más profundo de su gruta helada tomó el calumet sagrado, esculpido en piedra blanca, lo llenó de hierbas aromáticas de las que se elevó el humo en forma de coronas y sopló el incienso divino por el aire. Las coronas subieron hacia el cielo y la espiral gris se inclinó al norte.

Odjigh, el matador de lobos, se puso en marcha hacia el norte. Se cubrió la cara con una espesa piel de ratón agujereada, cuya cola se balanceaba como un penacho por encima de su cabeza, con una tira de cuero se ató alrededor de la cintura una bolsa llena de carne seca picada y mezclada con grasa y, balanceando el hacha de jade verde, se dirigió hacia las: espesas nubes amontonadas en el horizonte. A medida que él pasaba la vida se iba apagando a su alrededor. Los ríos habían callado desde hacía tiempo. El aire opaco sólo traía consigo sonos apagados. Las masas heladas, azules, blancas y verdes, radiantes de escarcha, parecían pilares de una ruta monumental.

El corazón de Odjigh echaba de menos el bullir de los peces nacarados entre las mallas de las redes de fibra, el estremecimiento serpenteante de las anguilas marinas, la pesada marcha de las tortugas, la oblicua carrera de los gigantescos cangrejos de ojos bizcos y los vivos bostezos de las bestias terrestres, bestias equipadas de pico plano y garras, bestias vestidas de escamas, bestias moteadas en formas variadas y agradables a los ojos, bestias amantes de sus crías que daban saltos ágiles o hacían extraños remolinos o vuelos peligrosos. Por encima de todos los animales, echaba de menos a los feroces lobos, sus pieles grises y sus aullidos familiares, porque estaba acostumbrado a cazarlos con la maza y el hacha de piedra, durante las noches brumosas y a la roja luz de la luna.

Entonces, por su izquierda, surgió un animal de cubil que vive profundamente hundido en el suelo y se deja sacar a duras penas de su agujero, un tejón flaco de pelo erizado. Odjigh lo vio y se alegró, sin pensar en matarlo. El tejón se acercó a él manteniendo las distancias.

Después, por la derecha de Odjigh, salió súbitamente, de un corredor helado, un pobre lince de ojos insondables. Miraba a Odjigh de través, con miedo, y se deslizaba con inquietud. Pero el matador de lobos se alegró también y marchó entre el tejón y el lince.

Mientras avanzaba con la bolsa de carne golpeando contra su flanco, oyó tras él un débil aullido de hambre. Volviéndose como al son de una voz conocida, vio un lobo huesudo que lo seguía tristemente. Odjigh se apiadó de todos aquellos a los que había partido el cráneo. El lobo sacaba la humeante lengua y tenía los ojos enrojecidos.

El matador continuó su camino junto a sus compañeros animales, llevando al subterráneo tejón a la izquierda, al lince que lo ve todo sobre la tierra a la derecha y al lobo de vientre hambriento detrás.

Llegaron al centro del mar interior que sólo se distingue del continente por el vasto color verde del hielo. Allí, Odjigh, el matador de lobos, se sentó en un témpano y colocó ante sí el calumet de piedra. Con el ángulo de su hacha cortó bloques de hielo, parecidos a los incensarios en que se alimenta el humo, y los colocó ante cada uno de sus compañeros vivos. Amontonó hierbas aromáticas en los cuatro calumets, luego golpeó una contra otra las piedras que generan el fuego, las hierbas se encendieron y cuatro delgadas columnas de humo se elevaron hacia el cielo.

La espiral gris que se alzaba ante el tejón se inclinó al oeste, la que se alzaba ante el lince se curvó hacia el este y la que se alzaba ante el lobo hizo un arco hacia el sur. Pero la espiral gris del calumet de Odjigh se alzó en dirección al norte.

El matador de lobos se puso en camino. Mirando a su izquierda se entristeció: el tejón que vive bajo tierra se apartaba hacia el oeste; mirando a la derecha echó de menos al lince

que lo ve todo sobre la tierra y que huía hacia el este. Pensó que los dos compañeros animales eran prudentes y sagaces, cada uno en el ámbito que le ha sido asignado.

No obstante, siguió caminando atrevidamente llevando tras sí al hambriento lobo de ojos enrojecidos por el que sentía piedad.

La masa de frías nubes situada al norte parecía tocar el cielo. El invierno se hacía más cruel aún. A Odjigh le sangraban los pies, heridos por el hielo, y la sangre se le helaba en costras negras. Pero avanzaba durante horas, días, semanas sin duda, meses quizá, chupando un poco de carne seca y arrojando los restos a su compañero, el lobo, que le seguía.

Odjigh caminaba con una esperanza confusa. Se compadecía del mundo de los hombres, los animales y las plantas que perecían, y se sentía fuerte para luchar contra la causa del frío.

Por fin su camino fue interrumpido por una inmensa barrera de hielo que cerraba la sombría cúpula del cielo como una cadena de montañas con la cima invisible. Los grandes témpanos hundidos en la superficie sólida del océano eran de un verde límpido; luego, se volvían turbios en los amontonamientos y, a medida que se elevaban, parecían de un azul opaco, semejante al color del cielo en los hermosos días de otros tiempos, pues estaban hechos de nieve y agua dulce.

Odjigh talló escalones en las escarpaduras con su hacha de jade verde. Lentamente fue subiendo hasta una altura prodigiosa hasta que le pareció que su cabeza estaba envuelta en nubes y que la tierra había huido. El lobo estaba sentado en la grada, justo debajo de él, y esperaba confiadamente.

Cuando creyó haber llegado a la cima vio que estaba formada por una resplandeciente muralla vertical y que no se podía ir más adelante. Pero miró tras de sí y vio al animal vivo y hambriento. La piedad por el mundo animado le dio fuerzas.

Hundió el hacha de jade en la muralla azul y cavó en el hielo. Esquirlas multicolores volaron a su alrededor. Cavó durante horas y horas. Los miembros se le pusieron amarillos y arrugados de frío. La bolsa de carne estaba vacía desde mucho tiempo atrás. Había mascado la hierba aromática del calumet para engañar el hambre y, de pronto, infiel a los Poderes Superiores, arrojó el calumet a las profundidades junto con las dos piedras para hacer fuego.

Cavaba. Oyó un seco chirrido y gritó porque sabía que el ruido lo hacía la hoja de jade que estaba a punto de rajarse a causa del excesivo frío. Entonces, como no tenía nada para caldearla, la alzó y la clavó con fuerza en su muslo derecho. El hacha verde se tiñó de sangre tibia. Odjigh atacó de nuevo la muralla azul. El lobo, sentado detrás de él, lamió entre gemidos las gotas rojas que le llovían encima.

De pronto la pulida muralla estalló. Salió un inmenso hálito de calor, como si las estaciones cálidas estuvieran acumuladas al otro lado de la barrera del cielo. El agujero aumentó y un fuerte sopló rodeó a Odjigh. Oyó el rumor de todos los brotecitos de la primavera y sintió llamear al verano. Una gran corriente lo alzó y, en ella, le pareció que todas las estaciones volvían al mundo para salvar la vida general de la muerte en los hielos. La corriente arrastraba blancos rayos de sol, tibias lluvias, brisas acariciadoras y nubes cargadas de fecundidad. En el aliento de la cálida vida las negras nubes se amontonaron y engendraron el fuego.

Hubo un largo trazo de llamas con estrépito de rayos y la esplendorosa línea dio en el corazón de Odjigh como una espada roja. Cayó contra la pulida muralla con la espalda vuelta al mundo hacia el que volvían las estaciones en tempestuosa corriente, y el hambriento lobo, subiendo tímidamente, se puso a devorarle la nuca con las patas apoyadas en sus hombros.

El Incendio Terrestre

A Paul Claudel

El último arranque de fe que entusiasmó/ al mundo no lo pudo salvar. En vano surgieron nuevos profetas. Los misterios de la voluntad fueron inútilmente desvelados, pues ya no tenía importancia el dirigirla o no, porque su fuerza parecía disminuir. La energía de todos los seres vivientes declinaba. Se había concentrado en un esfuerzo supremo encaminados hacia una religión futura y el esfuerzo no había dado frutos. Todo el mundo se refugiaba en un dulce egoísmo. Se toleraban todas las pasiones. La tierra permanecía en una cálida tregua. Los vicios crecían con la inconsciencia de las grandes plantas venenosas. La inmortalidad se había convertido en la propia ley de las cosas junto al dios Azar de la Vida; la superstición mística había obscurecido la ciencia; los sentidos servían de tentáculos a la tartufería del corazón; las estaciones, que en otro tiempo estuvieron delimitadas, estaban ahora mezcladas en una serie de días lluviosos que amenazaban tormenta; no había nada de preciso, nada tradicional; sólo una confusión de antiguallas y el reinado de lo incierto.

Entonces, en una noche de tormenta, pareció caer del cielo la señal de la devastación. Una tempestad desconocida, engendrada por la corrupción de la tierra, sopló desde lo alto. Fríos y calores, claros de sol y nieves, lluvias y rayos confundidos, hicieron nacer fuerzas destructivas que estallaron de repente.

Se hizo visible una extraordinaria lluvia de aerolitos y la noche se estrió de trazos fulgurantes; las estrellas flamearon como antorchas, las nubes trajeron mensajes de fuego, y la luna se convirtió en un brasero rojo que vomitaba proyectiles multicolores. Todas las cosas fueron penetradas por una luz lívida que iluminó hasta los últimos reductos y cuyo resplandor, aunque tamizado, provocaba un dolor espantoso. Después la noche que se había abierto se cerró. Todos los volcanes lanzaron hacia el cielo columnas de ceniza parecidas a volutas de basalto negro, como pilares de un mundo supraterrrestre. Llovió polvo oscuro en sentido inverso y del suelo emanó una enorme nube que cubrió la tierra.

Pasó la noche y la aurora seguía invisible. Una gigantesca mancha rojo oscuro recorrió las cenizas del cielo de este a oeste. La atmósfera se puso ardiente y el aire se llenó de agudos puntos negros que se pegaban por todas partes.

Las multitudes estaban prosternadas en el suelo porque no sabían dónde huir. Las campanas de las iglesias, conventos y monasterios, sonaban de manera incierta, como tañidas por badajos sobrenaturales. A veces se oían detonaciones en los acuartelamientos, donde las piezas de artillería disparaban salvas intentando despejar el aire. Después, cuando el globo rojo tocó el Occidente y pasó un día, se hizo un silencio general. Nadie tenía ya fuerzas para rezar ni para suplicar.

Cuando la masa incandescente franqueó el horizonte negro todo el cielo se inflamó y una ola de fuego volvió hacia atrás por el antiguo camino del sol.

La huida se desencadenó ante el incendio celeste y terrestre. Dos pobres cuerpecitos se dejaron caer por una ventana baja y corrieron desesperadamente. A pesar de las máculas del aire corrompido, ella era muy rubia y de ojos límpidos; él tenía la piel dorada y una transparente cortina de bucles a los que los extraños resplandores ponían rayos violeta. Ni uno ni otro sabían nada; apenas salían de los confines de la infancia, eran vecinos y se tenían el afecto de hermano y hermana.

Cogidos de la mano atravesaron calles negras en las que techos y chimeneas aparecían bañados en siniestra luz; pasaron por entre hombres caídos y caballos que yacían palpitantes; franquearon las murallas exteriores y los suburbios despoblados yendo siempre hacia el este, en sentido contrario a la llama.

De pronto les cortó el paso un río cuyas aguas se deslizaban rápidamente, y se detuvieron.

Pero había una barca en la orilla; la empujaron, se arrojaron dentro y luego la dejaron ir a favor de la corriente.

Las aguas atraparon la barca por la quilla y el huracán por el casco: partió como una piedra lanzada con honda.

Era una barca de pescador, muy vieja, obscurecida y pulida por el roce, cuyos escálamos estaban desgastados a fuerza de remos y las bordas relucientes por el paso de las redes, como un utensilio primitivo y honesto de la civilización que moría.

Se tumbaron en el fondo, siempre cogidos de la mano y temblando ante lo desconocido.

La rápida barca los condujo a un mar misterioso huyendo bajo la cálida tempestad que era como un torbellino.

Se despertaron en un océano desolado. La barca estaba rodeada de montones de algas pálidas en las que la espuma había dejado su seca baba y donde se pudrían animales irisados y rosadas estrellas de mar. Las olitas arrastraban blancos vientres de peces muertos.

La mitad del cielo estaba cubierta por el extenso fuego que avanzaba sensiblemente, y devoraba la cenicienta franja de la otra mitad.

Les parecía que el mar estaba tan muerto como todo lo demás. Su hálito estaba corrompido, y venas de azul y verde profundo recorrían su transparencia. No obstante, la barca se deslizaba por la superficie con un movimiento que no disminuía.

El horizonte oriental tenía luces azuladas. Ella hundió la mano en el agua y la retiró inmediatamente: las olas ya estaban calientes. Quizá el océano iba a estallar en una ebullición espantosa.

Por el sur veían cimas de blancas nubes con penachos rosados y no sabían si eran o no vapor ígneo.

El silencio general y la llama creciente los paralizaban de estupor; preferían el inmenso grito que los había acompañado como el eco de un estertor totalizado en el viento.

La extremidad del mar, allá donde la cúpula de ceniza –aún oscura– se sumergía, estaba abierta por un tajo más claro. Una porción de círculo de un azul lívido parecía prometer la llegada de un mundo nuevo.

–¡Ah! ¡Mira! –dijo ella.

La ligera neblina que flotaba tras ellos en el océano se esclarecía con la misma luz que el cielo, pálido y tembloroso: era el mar que ardía.

¿Por qué esta destrucción universal? Sus cabezas, que latían por dentro a causa del aire recalentado, estaban llenas de esta cuestión multiplicada. No sabían. Desconocían las infracciones. La vida los empujaba y vivían más aprisa, de golpe; la adolescencia se apoderó de ellos en medio del incendio del mundo.

En la vieja barca, en ese primer instrumento de la vida inferior, eran un Adán muy joven y una Eva muy pequeña, los únicos supervivientes del infierno terrestre.

El cielo era una cúpula de fuego. En el horizonte no había más que un único punto azul intenso sobre el que se cerraba el ojo de la llama. Un mar rugiente los estaba alcanzando.

Ella se puso de pie y se desvistió. Sus miembros desnudos, frágiles y lisos, estaban iluminados por la luz universal. Se cogieron las manos y se besaron.

–Vamos a amarnos –dijo ella.

Las Embalsamadoras

A Alphonse Daudet

No me cabe la menor duda de que en Libia, en los confines de Etiopía, donde viven hombres muy viejos y muy sabios, existen hechicerías aún más misteriosas que las de las magas de Tesalia. Es verdaderamente terrible pensar que los encantamientos de las mujeres pueden encerrar la luna en el marco de un espejo, o hundirla durante el plenilunio en un cubo de plata junto a estrellas empapadas, o freiría en una sartén como si fuera una amarilla medusa marina mientras la noche tesa-liana es negra y los hombres que cambian de piel tienen libertad para equivocarse; todo esto es espantoso, pero yo tendría menos miedo a esas cosas que a encontrarme de nuevo con las embalsamadoras libias en el desierto color de sangre.

Mi hermano Ophélion y yo habíamos atravesado los nueve círculos de diversas arenas que rodean Etiopía. Hay dunas de tierra que a lo lejos parecen glaucas como el mar o azuladas como lagos. Los pigmeos no llegan hasta esas latitudes; los habíamos dejado en las grandes selvas tenebrosas, donde el sol no penetra jamás; los hombres de cobre que se alimentan de carne humana y se reconocen unos a otros por el ruido de las mandíbulas están más lejos, a poniente. Según todas las apariencias, el rojo desierto en el que entramos para ir hacia Libia está desnudo de hombres y ciudades.

Caminamos durante siete días y siete noches. En esta región la noche es transparente y azul, fresca y peligrosa para los ojos, hasta el punto de que, a veces, la azulada claridad nocturna inflama las pupilas en el espacio de seis horas y el enfermo ya no ve nunca más la salida del sol. Tal es la naturaleza de este mal que sólo ataca a los que duermen sobre la arena sin taparse los ojos; pero los que caminan día y noche sólo tienen que temer el blanco polvo del desierto que irrita los párpados bajo el sol.

En la tarde del octavo día divisamos unas cúpulas blancas de pequeñas dimensiones, dispuestas en círculo sobre la planicie color sangre y Ophélion creyó que sería útil examinarlas. La noche caía rápidamente como es costumbre en el país libio y, cuando nos acercamos, la obscuridad era muy grande. Las cúpulas emergían de la tierra y en el primer momento no pudimos reconocer aberturas, pero cuando franqueamos el círculo formado por ellas, vimos que estaban perforadas por puertas de la altura de un hombre de talla mediana y que todas miraban hacia el centro del círculo. La abertura de estas puertas estaba oscura, pero a su alrededor había orificios muy estrechos por los que pasaban rayos que nos señalaban a la cara con largos dedos rojos. También nos rodeaba un olor que no conocíamos y que parecía una mezcla de perfumes y corrupción.

Ophélion me detuvo y me dijo que nos hacían señas desde una de las cúpulas. Una mujer, a la que no podíamos ver con claridad, estaba a la puerta y nos invitaba a entrar. Dudé, pero Ophélion me arrastró hasta ella. La entrada era oscura, así como la sala redonda que había bajo la cúpula y, en cuanto entramos, la que nos había llamado desapareció. Oímos una

dulce voz que pronunciaba palabras bárbaras. Después, la mujer apareció de nuevo ante nosotros llevando una humeante lámpara de arcilla. La saludamos y ella nos dio la bienvenida en nuestra propia lengua griega que hablaba con acento libio. Nos indicó unos lechos de tierra cocida, adornados con efigies de hombres desnudos y de pájaros y nos hizo sentar. En seguida desapareció de nuevo diciendo que iba a buscar nuestra cena, sin que nos fuera posible ver por dónde salía, a la débil luz de la lámpara que estaba en el suelo. La mujer tenía cabellera negra y ojos oscuros, vestía una túnica de lino, un cinturón azul sujetaba sus senos y olía a tierra.

La cena que nos sirvió en platos de arcilla y copas de vidrio oscuro consistió en pan de rosca, higos y pescado salado; no había otra carne que saltamontes fritos, y el vino era rosado y pálido, aparentemente mezclado con agua, y de un exquisito sabor. Comió con nosotros pero no tocó ni el pescado ni los saltamontes. Durante todo el tiempo que permanecí bajo la cúpula no la vi llevarse carne a la boca; se contentaba con un poco de pan y frutas en conserva. No hay duda de que el motivo de tal abstinencia era un asco que se comprenderá fácilmente por este relato, y quizá los perfumes entre los que vivía esta mujer le quitaban la necesidad de alimento y la nutrían con sus sutiles partículas.

Nos preguntó pocas cosas y apenas nos atrevimos a hablarle, pues sus costumbres parecían extrañas. Después de la cena nos acostamos en nuestros lechos; ella nos dejó una lámpara y preparó otra más pequeña para sí misma; luego se marchó y vi cómo bajaba al subsuelo por una abertura situada en el extremo opuesto de la cúpula. Ophélion parecía poco deseoso de hacer conjeturas conmigo y me dormí con un sueño inquieto hasta bien entrada la noche.

Me despertó el sonido de la lámpara que crepitaba: la mecha había ardido hasta el aceite y ya no vi a mi hermano Ophélion a mi lado. Me levanté y le llamé en voz baja, pero ya no estaba en la cúpula. Entonces salí a la noche y me pareció oír, bajo tierra, gritos y lamentaciones plañideras. El sonido de aquel eco murió rápidamente. Di la vuelta a las cúpulas sin descubrir nada. Pero había una especie de estremecimiento, como de un trabajo a ras del suelo, y a lo lejos se oía la triste llamada de un perro salvaje.

Me acerqué a uno de los orificios por los que brotaban rayos rojos y conseguí subirme a una de las cúpulas para mirar el interior. Entonces comprendí la rareza de la comarca y de la ciudad de las cúpulas. Pues el sitio que yo veía, iluminado por antorchas, estaba alfombrado de muertos y entre las plañideras había otras mujeres que iban de un lado para otro con vasos e instrumentos. Las veía rajar por un costado los frescos vientres y sacar intestinos marrones, verdes y azules que después guardaban en ánforas; introducir un gancho de plata por la nariz de los rostros para romper los delicados huesos de la raíz y sacar los sesos con espátulas; lavar los cuerpos con aguas coloreadas; frotarlos con perfume de Rodas, mirra y cinamomo; trenzar cabellos; engomar con color cejas y pestañas; pintar dientes y endurecer labios; pulir uñas de manos y pies y rodearlas con una línea de oro. Después, una vez estaba el vientre plano y el ombligo hueco en medio de arrugas circulares, extendían encima los dedos de los muertos, blancos y fruncidos, rodeaban muñecas y tobillos con anillos de electrón y los vendaban pacientemente con largas bandas de lino.

Aparentemente las cúpulas formaban una ciudad de embalsamadoras a las que se llevaban los muertos de las poblaciones de alrededor. En algunas habitaciones el trabajo se llevaba a cabo arriba, pero en otras se hacía en el subsuelo. La vista de un cuerpo que tenía los labios apretados y entre los que habían pasado una ramita de mirto, como en los de las mujeres que no pueden sonreír y quieren acostumbrarse a mostrar los dientes, me produjo horror.

Resolví huir con Ophélie de la ciudad de las embalsamadoras en cuanto amaneciera. Volví a nuestra cúpula, coloqué una mecha nueva en la lámpara y la encendí en el hogar que había bajo las bóvedas; pero Ophélie no había vuelto. Fui hasta el fondo de la sala, iluminé la abertura de la escalera subterránea y oí abajo ruido de besos. Entonces sonreí creyendo que mi hermano pasaba una noche de amor con una manipuladora de cadáveres. Pero no supe qué pensar cuando vi entrar en la cúpula a la mujer que me había recibido por una abertura que, sin duda, daba a un corredor practicado en el interior de la muralla de cemento. Se dirigió a la escalera y escuchó como lo había hecho yo.

Después se volvió hacia mí y su cara me dio miedo. Frunció las cejas y pareció meterse de nuevo en el muro.

Volví a caer en un profundo sueño. Por la mañana, Ophélie estaba acostado en la cama vecina a la mía. Tenía la cara color ceniza. Le sacudí y le insté a partir. Me miró sin reconocermelo. La mujer volvió a entrar y cuando la interrogué habló de un viento nocivo que había soplado sobre mi hermano.

Durante todo el día mi hermano se revolvió de un lado para otro, agitado por la fiebre, mientras la mujer lo miraba fijamente. Hacia el atardecer removi los labios y murió. Abracé sus rodillas gimiendo y lloré hasta dos horas después de la media noche. Después mi alma voló al país de los sueños. El dolor de haber perdido a Ophélie me trastornó y me hizo despertar. Su cuerpo ya no estaba a mi lado y la mujer había desaparecido.

Entonces lancé gritos y recorrí la sala, pero no pude encontrar la escalera. Salí de la cúpula, subí hasta el rayo rojo y pegué los ojos a la abertura. He aquí lo que vi:

El cuerpo de mi hermano Ophélie estaba extendido entre vasos y jarras, habían retirado sus sesos con el gancho y las espátulas de plata y tenía el vientre abierto.

Ya tenía las uñas doradas y la piel frotada con asfalto. Estaba entre dos embalsamadoras tan extrañamente parecidas entre sí que no pude distinguir a la que nos había recibido. Las dos lloraban, se arañaban la cara, besaban a mi hermano Ophélie y lo estrechaban entre sus brazos.

Llamé por la abertura de la cúpula, busqué la entrada de la sala subterránea y corrí hacia las otras cúpulas; pero no obtuve respuesta y vagué en la noche transparente y azul.

Mi opinión fue que las dos embalsamadoras eran hermanas, magas y celosas, y que habían matado a mi hermano Ophélie para guardar su bello cuerpo.

Me cubrí la cabeza con el manto y huí enloquecido de aquella comarca de sortilegios.

La Peste

A Auguste Bréal

CCCCI e mille l'an corant

Nella città di Trento Ré Rupert

Volle lo scudo mió essor copert

De l'arme suo Lion d'oro rampaní

Crónica del Pitti

Yo, Bonacorso de Neri de Pitti, hijo de Bonacorso, gonfaloniero de justicia en el municipio de Florencia, cuyo escudo fue ornado en la ciudad de Trento con el león de oro rampante en el año de mil cuatrocientos uno por orden del rey Ruperto, quiero contar lo que me sucedió cuando empecé a recorrer el mundo en busca de aventuras, para que lo sepan mis descendientes ennoblecidos.

El año MCCCLXXIV, siendo un muchacho sin dinero, huí de Florencia por las grandes rutas llevando a Matteo por compañero. Pues la peste asolaba la ciudad. La enfermedad era repentina y atacaba en medio de la calle. Los ojos se ponían ardientes y rojos, la garganta áspera y el vientre se inflamaba. Luego la boca y la lengua se cubrían de pequeñas ampollas llenas de agua urticante. La sed abrasaba. Una tos seca sacudía a los enfermos durante varias horas. Después, los miembros se ponían rígidos en las articulaciones y la piel se llenaba de manchas rojas e inflamadas que algunos llaman bubones. Y, por último, los muertos quedaban con la cara distendida y blanquecina, con sanguinolentos cardenales y la boca abierta como un cubilete. Las fuentes públicas, casi agotadas a causa del calor, estaban rodeadas de hombres encorvados y flacos que intentaban hundir la cabeza en ellas. Muchos caían dentro y con los ganchos de las cadenas los retiraban, negros de limo y con el cráneo roto. Los cadáveres ennegrecidos sembraban el centro de las calles por las que corre un torrente de lluvia durante la temporada; no se podía aguantar el hedor y el miedo era terrible.

Pero como Matteo era un gran jugador de dados nos alegramos de salir de la ciudad y, en la primera posada, pedimos vino con especias y bebimos por nuestra salvación de la mortandad. Había allí mercaderes de Genova y Pavía; los desafiamos, cubilete de dados en mano, y Matteo ganó doce ducados. Por mi parte los invité a jugar a las cartas y tuve la suerte de ganar veinte florines de oro con los cuales, florines y ducados, compramos mulas y un cargamento de lana; Matteo, que había decidido ir a Prusia, se aprovisionó de azafrán.

Recorrimos los caminos de Padua a Verona, volvimos a Padua para aprovisionarnos más ampliamente de lana y viajamos hasta Venecia. Desde allí cruzamos el mar y entramos en Esclavonia y visitamos las buenas ciudades que hay hasta los confines de la Croacia. En Buda yo caí enfermo de fiebre y Matteo me dejó solo en la posada con doce ducados, para volver a Florencia donde lo reclamaban ciertos negocios y donde yo debía reunirme con él. Yacía en una habitación seca y polvorienta, encima de un saco de paja, sin médico y con la puerta abierta a la sala común. La noche de San Martín llegó una compañía de pífanos y flautistas con unos quince o dieciséis soldados venecianos y tudescos. Tras haber vaciado muchos frascos, aplastar las tazas de estaño y romper las jarras contra las paredes, empezaron a bailar al son del pífano. Asomaron por la puerta sus rojas caras iluminadas y, al verme tumbado en mi saco, me sacaron a la sala gritando: «¡O bebes o mueres!» Luego, me mantearon mientras la fiebre me latía en la cabeza y acabaron por hundirme en la paja del saco cuya abertura ataron alrededor de mi cuello.

Sudé en abundancia y, sin duda, se me disipó la fiebre mientras me iba ganando la cólera. Tenía los brazos trabados y me habían arrebatado el basilar; si no, me hubiera arrojado contra los soldados aun estando envuelto en la paja. Pero llevaba en la cintura, bajo las calzas, una corta daga envainada; conseguí deslizar la mano hasta ella y rasgué la lona del saco.

Quizá la fiebre aún me inflamaba los sesos, pero el recuerdo de la peste que habíamos dejado en Florencia y que luego se había extendido hasta Esclavonia, se mezcló en mi espíritu con una especie de idea que me había hecho del rostro de Sila, el dictador latino de quien habla el gran Cicerón. Decían los atenienses que se parecía a una zarzamora cubierta de harina. Resolví aterrorizar a las gentes de armas venecianas y tudescas y, como me encontraba en el reducto donde el posadero guardaba las provisiones y los frutos secos, reventé rápidamente una bolsa llena de harina de maíz. Me restregué la cara con este polvo y, cuando tomó un tono que no era ni amarillo ni blanco, me hice un arañazo en el brazo con la daga y saqué suficiente sangre para manchar el revoque irregularmente. Después volví al saco y esperé a los bandidos borrachos. Llegaron riendo y tambaleándose y en cuanto vieron mi cara blanca y ensangrentada salieron atropelladamente gritando: «¡La peste! ¡La peste!»

Aún no había yo recuperado mis armas cuando la posada estaba vacía. Como me sentía restablecido, a causa del sudor que me habían provocado los rufianes, me puse en camino hacia Florencia para reunirme con Matteo.

Encontré a mi camarada Matteo vagando por los campos florentinos y en bastante mal estado. No se había atrevido a entrar en la ciudad porque la peste seguía en todo su furor. Retrocedimos y nos fuimos hacia los estados del Papa Gregorio en busca de fortuna. Al subir a Aviñón nos cruzamos con bandas de hombres armados que llevaban lanzas, picas y agujas, pues los ciudadanos de Bolonia acababan de sublevarse contra el Papa instigados por los de Florencia (lo cual ignorábamos). Allí jugamos alegremente con gentes de uno y otro partido, tanto a las cartas como a los dados, con tanta suerte que ganamos unos trescientos ducados y ochenta florines de oro.

La ciudad de Bolonia estaba casi vacía de gente y nos recibieron en los baños con gritos de alegría. Las habitaciones no están alfombradas de paja como en muchas ciudades lombardas y no faltan camastros aunque tengan rota la mayoría de las cinchas. Matteo encontró a una florentina conocida, Monna Giovanna, y yo, que no pensé en preguntar el nombre de la mía, quedé contento.

Allí bebimos cerveza en abundancia y el vino espeso de la comarca y comimos confituras y pastelillos. Matteo, a quien yo había contado mi aventura, fingió ir al retrete, bajó a las cocinas y volvió disfrazado de apestado. Las muchachas de los baños huyeron lanzando agudos gritos, luego se tranquilizaron y fueron a tocar la cara de Matteo todavía miedosas. Monna Giovanna no quiso volver a él y se quedó temblando en un rincón y diciéndole que olía a fiebre. Pero Matteo, que estaba borracho, colocó la cabeza entre las vasijas, sobre la mesa que temblaba con sus ronquidos, y se parecía a las caras de madera pintada que los saltimbanquis enseñaban en los estrados.

Por fin dejamos Bolonia y, tras diversas aventuras, llegamos cerca de Aviñón donde nos enteramos de que el Papa hacía encarcelar a todos los florentinos y los mandaba quemar, junto con sus libros, para vengarse de la rebelión. Pero nos lo advirtieron demasiado tarde, pues los guardias del mariscal del Papa nos sorprendieron durante la noche y nos arrojaron a la cárcel de Aviñón.

Antes de ser llevados al suplicio nos examinó un juez y nos condenó a pan y agua en un calabozo subterráneo hasta que tomaran informes sobre nosotros, como es costumbre en la justicia eclesiástica. A pesar de ello conseguí esconder bajo mi túnica nuestro saco de lona que contenía un poco de polenta y algunas olivas.

El suelo del calabozo era pantanoso y sólo teníamos el aire que entraba por una tronera enrejada que se abría a ras del suelo sobre el patio de la prisión. Nos habían atenazado los pies en pesados cepos de madera y nos habían atado las manos con cadenas bastante flojas, de tal manera que nuestros cuerpos se tocaban de la rodilla al hombro. El ujier del postigo nos hizo la gracia de decirnos que estábamos detenidos bajo sospecha de envenenadores, pues el Papa había sabido, por mediación de ciertos embajadores, que los gonfaloneros del municipio de Florencia abrigaban el deseo de hacerle morir.

Así pues, permanecíamos en la negrura de la prisión, sin oír ruido alguno, sin saber la hora del día o de la noche y corriendo el gran riesgo de ser quemados. Entonces me acordé de nuestra estratagema y se me ocurrió la idea de que la justicia papal nos haría arrojar a la calle por miedo a la enfermedad. Con cierto trabajo alcancé mi polenta y acordamos que Matteo se embadurnaría la cara y se mancharía de sangre mientras yo gritaba para atraer a los esbirros. Matteo se colocó la máscara y comenzó a lanzar roncós gemidos como si tuviera la garganta atascada. Yo invoqué a Nuestra Señora sacudiendo mis cadenas. Pero el calabozo era profundo y el portón espeso, y era de noche. Durante varias horas suplicamos inútilmente. Yo paré de gritar, pero Matteo continuaba gimiendo. Le di con el codo para que descansara hasta que fuera de día: sus gemidos se hicieron más fuertes. Lo toqué en la oscuridad y mis manos alcanzaron su vientre que me pareció inflado como un odre. Entonces el miedo me atenazó, pero estaba pegado a él. Mientras él gritaba con voz enronquecida: «¡Agua! ¡Agua!», el pálido redondel del día cayó de la tronera. Entonces un sudor frío brotó de todos mis miembros, pues vi que estaba lívido bajo su máscara polvorienta y sus manchas de sangre seca, y reconocí las blancas costras y la roja supuración de la peste de Florencia.

Los Carátulas

A Paul Arene

La tregua que Charles II, rey de Francia, acordó en Tours con Henry VI, rey de Inglaterra, deshizo los ejércitos. La gente de armas estaba en los campos y no tenía soldadas ni víveres ni botín de guerra. Los Desolladores, los de Armañac, los gascones, los lombardos y los escoceses, volvían en hordas de la terrible batalla de Saint-Jacques abrasando las piernas a los campesinos a todo lo largo del camino. Corría el mes de noviembre de 1444. El campo estaba nevado y los árboles negros. Por los caminos desfilaban hombres con jubones agujereados y casacas oscuras, grandes vueltas en las caperuzas y estandartes arrugados y sujetos por cordones rojos; algunos llevaban cascos de hierro y todos andaban con la aguja al hombro o llevando alabarda o mazas dentadas o dagas a la cintura. Las posadas estaban desoladas. Los hombres bajaban tras la sirvienta que sacaba el vino y le sumergían la cabeza en la barrica, cobaban las caperuzas rojas olvidadas en las mesas y entre las vasijas, se llevaban las escudillas de estaño y, rompiendo los cofres de las mujeres, se apoderaban de sus rosarios de plata y sus prendedores de oro. Atravesaban las ciudades lo menos que podían, pero se lanzaban a los baños, amordazaban a la dueña, arrojaban la paja por las ventanas, violaban a las muchachas encima de los arcones y partían tumultuosamente tras haber doblado obscenamente las llaves de las puertas en las cerraduras. El síndico y los soldados de la ronda, los arqueros y los ballesteros, los veían huir espantados, agrupados en una oscura masa.

Generalmente preferían a las muchachas vulgares que se sentaban por la tarde en las puertas de las ciudades decentes, a orillas de los cementerios. Sólo llevaban una saya y una camisa, apoyaban los pies en las losas de las tumbas y la luna las hacía parecer blancas. Se subían a las lápidas y se llamaban las unas a las otras: «¡Denise!, ¡Marión!, ¡Museau!» Dormían al aire libre, entre las fosas y el agua corrompida. Soñaban con el suelo cubierto de paja de los baños escondidos en alguna calleja oscura. Los salteadores de caminos, mercenarios, espías y falsos soldados se las llevaban consigo durante algún tiempo y, a veces, no les cortaban el cuello. Se las veía pasar entre dos extraños hombres de armas que las asían por debajo de los brazos y entrecruzaban las agujas por encima de sus cabezas.

Entre los bufones, violinistas y tañedores de viola, iban también algunos vagabundos que habían sido clérigos y que, como no tenían con qué cambiarse el hábito, desgarraban el alzacuello del jubón y se ponían una gorguera. Llevaban consigo a uno o dos desgraciados niños a los que habían cortado las piernas poco más arriba de los pies y saltado los ojos, y los mostraban para apiadar a los pasantes mientras tocaban la viola. Cuando se formaba un grupo a su alrededor simulaban padecer epilepsia y caían de espaldas, golpeaban el suelo con la cabeza y las manos y echaban espumarajos por la boca jurando «voto a Dios maldito». Mientras tanto sus amigos cortaban los cierres de los cinturones y arrebataban a las mujeres los libros de horas para arrancar los broches. Por fin, en el mes de noviembre, misteriosas figuras nocturnas llegaron en seguimiento de los vagabundos. No se sabía qué era. Vestían de diversas maneras, llevando jubones negros, sombreros rojos y mucetas de cibelina; otros iban

con mantos de seda bermeja y caperuzas con rodete de seda verde; algunos parecían señores con sus largas túnicas de terciopelo negro forrado de marta, otros parecían mujeres disfrazadas con toca color violeta y papalina. Todos iban armados y muchos llevaban talabarte y cota de malla.

Pero los hombres de la noche se distinguían de los demás por una costumbre aterradora y desconocida: llevaban los rostros cubiertos con máscaras. Las máscaras eran negras, achatadas y con labios rojos, o llevaban largos picos arqueados, o dejaban colgar barbas multicolores sobre la esclavina, o atravesaban la cara con una sola banda oscura entre la boca y las cejas, o parecían una larga manga de justillo atada por arriba y provista de agujeros por los que se veían los ojos y los dientes.

La gente llamó en seguida a esos hombres «Carátulas»; nunca se había visto nada parecido en el pacífico país; sólo algunos nobles se ponían caretas de metales preciosos en las ceremonias, según la moda venida de Italia.

Aquellas gentes se extendieron por los alrededores de Creully, cuyo señor era Mathew Gough, inglés, y asolaron la comarca de manera horrible. Pues los Carátulas mataban cruelmente abriendo los vientres a las mujeres, clavando a los niños en las bieldas, asando a los hombres en grandes espetones para hacerles confesar dónde escondían el dinero, y pintarrajeando con sangre a los cadáveres para engañar a los granjeros y reducirlos por el miedo. Llevaban consigo a las muchachas que tomaban a orilla de los cementerios y se las oía aullar en la noche. Nadie sabía si eran capaces de hablar. Surgían del misterio y masacraban en silencio.

Se suponía que entre ellos había nobles que habían traicionado al rey de Francia o al de Inglaterra o a los dos. Su ferocidad era señorial. El terror aumentaba. Por el día se examinaba a la gente sin saber si se convertirían en Carátulas al llegar la noche.

Gentes armadas patrullaron los campos. Los arqueros de Mathew Gough, que eran gente decidida, acecharon a los Carátulas y prendieron a algunos. Los condujeron al juez de Creully para que los interrogara. Ninguno fue reconocido. Parecían ser de diversos países, daban a su jefe el nombre de rey y entre ellos lo llamaban Alain Blanc-Báton.

Mathew Gough les hizo ahorcar en los árboles de los caminos con sus caretas y sus ricos vestidos. El pueblo fue a verlos balancearse al viento como pájaros extrañamente coloreados. Los animales de presa trepaban hasta sus cabezas y les desgarraban la carne bajo las máscaras. Así, muchos caminos de Normandía estaban bordeados, a la mitad de la altura de los árboles, por esas caras variopintas y aterradoras de cuero, tela, madera o hierro, que entrechocaban a merced del cierzo.

No obstante, se anunció la llegada de lord Alan Blankbate, capitán de Rouen y de Bayeux. Las gentes del castillo sacaron sus mejores atuendos para asistir a la recepción. Todo era movimiento en la plaza de Creully. Mathew Gough llevaba túnica escarlata, sombrero verde y guantes forrados.

El ujier de la prisión subió a la gran sala. Con su vara tocó el brazo de Mathew Gough. Dijo que acababan de aprehender al que los Carátulas llamaban Alain Blanc-Báton. Rehusaba hablar y no habían podido quitarle la máscara. Después, el ujier pronunció algunas palabras al oído de Mathew Gough que se levantó, se puso la careta de oro que tenía preparada para la ceremonia y bajó los escalones de la sala embaldosada en la que se administraba la tortura.

Allí había tres hombres, uno de los cuales estaba tendido en el potro. Tenía el pecho y las piernas desnudos, cubiertos de vello rubio. Su careta era de cuero negro y estaban vertiéndole agua en el agujero de la boca por medio de un embudo. Tenía el cuello mojado e inflamado y sus músculos se tensaban. Su espalda estaba arqueada. Sobre los ladrillos, al lado del potro, se extendía un charco. Pero el paciente no dijo una palabra.

Lo ataron a un banco hecho con dos listones colocados en cruz de San Andrés y los dos verdugos pusieron un pivote giratorio en cada uno de sus miembros, le dieron la vuelta y lo torcieron. Se oían crujir los huesos de las muñecas y de los tobillos. El hombre no hizo otra cosa que gemir.

Uno de los verdugos fue a buscar brasas en una escudilla de barro cocido, se puso a horcajadas sobre el hombre y le sopló chispas en la piel, por los orificios de la máscara. El paciente se agitó, se debatió y luego quedó inmóvil.

Mathew Gough lo creyó asfixiado e hizo un signo para que lo acercaran al fuego de la chimenea. Pareció reanimarse y respiró suavemente. Entonces Mathew Gough, con el rostro cubierto por la careta de oro que resplandecía a la luz de las llamas, se inclinó hacia la careta negra y habló en voz baja. Habló en inglés y los verdugos no entendieron nada. Vieron temblar los brazos y las piernas del prisionero. Pero no contestó y continuó silencioso bajo su máscara sombría.

Mathew Gough le hizo poner la cuerda al cuello sin más contemplaciones y los dos verdugos tiraron y lo alzaron por medio de una anilla incrustada en las piedras del techo. Su sombra cayó sobre los muros agitada por el fuego de la chimenea.

Después, Mathew Gough volvió a subir lentamente los escalones y dio la orden de poner la plaza en estado de sitio diciendo que había recibido noticias de una traición; y quitarse los trajes de ceremonia porque Alan Blankbate, capitán de Rouen y de Bayeux, le había mandado decir que no vendría por medio de un mensajero muy seguro.

Escuderos, arqueros y soldados corrieron de un lado para otro y por toda la plaza fuerte resonó el entorchocar de los hierros.

Así murió, sombríamente, el jefe de los Carátulas, a quien sus compañeros daban el nombre de Alain Blanc-Báton.

Los Eunucos

A Maurice Spronck

¡Spadones! Estaban en cuclillas sobre las baldosas, con las rodillas apretadas y restregaban el borde de sus pantuflas con bastones de empuñadura de plata. Alrededor de ellos se extendían sus túnicas color azafrán y su piel despedía aroma a cinamomo. Descansaban entre sudorosos muchachos bañeros, hombres vestidos de peluche escarlata que iban a los baños con redes llenas de verdes pelotas para jugar, jóvenes de túnica leonada con cinturón color cereza, bien plantados y de cabellos largos, y mozos de cuerda que precedían las sillas de manos desde las que matronas de cabellos recogidos y piel depilada devolvían saludos a los pasantes.

La cúpula del cielo era cálidamente azul, velada por filamentos rosados y se fundía poco a poco en el horizonte con un amarillo transparente, un azul turquesa muy pálido y un delicado y tembloroso verde. También había vendedores ambulantes que ofrecían agua de nieve: *aqua nivata, nivata!* Hirsutos etíopes lo regaban todo con el agua de minúsculos odres perforados, parecidos a los que sirven para apaciguar el polvo rojo en la arena del anfiteatro.

Pero, envueltos en el aire vibrante, los eunucos pensaban en el país de donde procedían, la ardiente Siria y la Iberia de minas de plata. A los quince años habían recorrido los altos y flacos pastos con las cabras y los machos cabríos, batiendo la leche y apelmazando los blancos y duros quesos que luego atravesaban con una brizna de aulaga. Habían amado a mucha-chitas que llevaban grandes sombreros de paja. Las acechaban al pasar entre macizos de doradas flores y tallaban para ellas silbatos en madera de saúco. Muchas veces les llevaban garbanzos que habían robado en las granjas. Esos días cavaban en el suelo un agujero con las manos y arrojaban dentro ramillas y hojas secas. La muchacha iba a la casa más cercana para buscar una brasa, la metía en el zueco plano y la agitaba constantemente para evitar que se apagara el carbón. Luego, sentados gravemente el uno frente al otro, tostaban los garbanzos en el extremo de un bastoncillo puntiagudo. O jugaban al rey y a la reina. Hacían un trono con piedras unidas a la sombra de cualquier parte. La reina se sentaba en él y el rey se iba de expedición para vigilar sus cabras. La reina se dormía en el trono tras haber escuchado a las cigarras. Entonces, cuando el rey volvía, le hacía una almohada de musgo y la extendía encima dulcemente.

Por la tarde las sombras se alargaban y ellos bajaban con las cabras por senderos bordeados de zarzamora. Los murciélagos huían de los matorrales. Bajo la hierba se oían roces de serpiente que volvía a su agujero; el grillo cantaba a las últimas llamas doradas del día declinante; las rocas se volvían grises y el primer estremecimiento de la noche sacudía el follaje de los árboles. Un viento fresco les henchía el manto y rizaba el pelo de las cabras; el perro olfateaba el hálito perfumado con la nariz al aire y las retamas balanceaban sus cabezas amarulas y se balanceaban como las olas del mar. Más abajo, los conejos huían por las breñas

y la obscuridad se amontonaba alrededor de las viejas encinas. En seguida avistaban la choza y a la madre que estaba a la puerta con la cuchara en la mano.

Dioses del cielo, ¿dónde estaban ya las breñas españolas, la choza montañesa y el arado amigo? Llegaron los italiotas, de dura cabeza rapada y labios apretados, quemaron la choza y se comieron el rebaño.

Aprehendieron a los muchachos en las alturas de cerca de Osea. Los soldados bajaron a lo largo del Cinca y atravesaron la llanura de Surda para llevarlos a Ilerda. Y de Ilerda los llevaron a Tarraco a través de las negras montañas de Iakketa e Ilerca. En Tarraco los mercaderes les hicieron beber una infusión de semillas de adormidera para mutillarlos sin dolor,, Los embarcaron como a ganado y los vendieron en las escalas de Populonia, de Cosa o de Alcio. Otros llegaron a Roma por Ostia.

Los compraron los traficantes de esclavos, les untaron los pies con polvos de tiza y les cubrieron la cabeza con bonetes de muletón blanco. Los frotaron con alcanfor, los depilaron con pinzas y con llama y les rizaron el pelo con tenacillas. Los expusieron en un tablado, con letreros. Tenían los dientes blancos y los ojos negros, y hablaban latín con acento gutural y tono agudo. Antes de pagar por ellos el precio demandado, los ahumaban con mirra para comprobar si padecían o no epilepsia.

Ahora, entre guardianes de las puertas, conservadores de la vajilla de plata, bañistas, perfumistas, sirvientes, catadores, coperos, porteros de verde túnica, muleteros de túnica recogida, aguadores, esclavos portadores de silla y portadores de abanico y sombrilla, eran eunucos expuestos a la horca, al látigo y a los suplicios de la Puerta Esquilinia. Sus dueñas los obligaban a inflar los carrillos para darles una bofetada y los intendentes les pinchaban en el cuello con agujas del cabello.

Necesariamente, andaban por el Tuscus Vicus, donde se pasean los libertinos, para comprar telas y buscar pequeñas ánforas de nardo, selladas con yeso, a los pigmentarios que venden cicuta, acónito, mandragora y cantárida. Durante el primer servicio cantaban en el atrio trozos de la *Tliada* y la *Odisea* y, a los postres, versos del libro de Elephantis. Miraban dolorosamente los cuadros que representaban a Atalanta con Meleagro. Algunos convidados les besaban al pasar y ellos sufrían. A pesar de sus laticlavias de rayas, sus anillos de oro con estrellas de hierro y sus brazaletes de marfil engastado en metal, miraban con envidia a los libios de gruesos labios, negros y desnudos. Jugaban descuidadamente con abacos de cristal pintado sobre tabletas de terebinto. Comían escasamente gruesos papafigos rodeados de yema de huevo con pimienta. Nada los podía distraer de su tristeza floja, ni los caprichos del dueño ni los de la dueña.

Ebrios de vino rosado, corrían hasta más allá de los puestos de carnicero que mostraban cabras ensangrentadas y adornadas de mirto, más allá de los «popinae» de los asadores que venden nueces fritas y acelgas con miel y de las tabernas en las que cuelgan hileras de botellas, corrían hacia la negrura redonda de las habitaciones abovedadas en las que vagan obscuramente mujeres desnudas. Pero el patrón de las habitaciones de bóveda de piedra reconocía las túnicas color de azafrán; y los somieres de las camas seguían sin colchones, puesto que estos hombres ebrios de vino rosado, en cuclillas sobre las baldosas, restregando el borde de sus pantuflas con bastones de empuñadura de plata, eran unos *enervados-spadones*.

Las Milesias

A Edmond de Goncourt

Las vírgenes de Mileto comenzaron a ahorcarse de pronto y sin que nadie supiera la causa. Al abrir las puertas de los gineceos, uno tropezaba con los pies, aún temblorosos, de un cuerpo blanco colgado de las vigas. Sobresaltaba un suspiro ronco y el tintineo de los anillos, brazaletes y ajorcas que se deslizaban al suelo desde los tobillos. La garganta de las ahorcadas se alzaban como las palpitantes alas de un pájaro que se asfixia. Los ojos parecían más llenos de resignación que de horror.

Por la noche las muchachas se retiraban silenciosas, como debe ser y permanecían en actitud modesta y sin apretar las rodillas. Pero en medio de la noche se oían gemidos y, al principio, se creía que las oprimían los sueños pesados, pájaros nocturnos del cerebro. Creían que las iban a encontrar tumbadas boca abajo y con los flancos agitados por el miedo o con los brazos cruzados sobre el pecho y los dedos apoyados en el sitio en que late el corazón. Pero los lechos de las muchachas estaban vacíos. Después se oían balanceos en las salas superiores. Allí estaban colgadas, alumbradas por la luna, con la blanca túnica caída y las manos apretadas hasta las últimas articulaciones de los dedos, azules los labios inflamados. Al llegar el alba, los familiares gorriones volaban por sus hombros, las picoteaban y huían piando al encontrar la piel fría.

En cuanto el primer hálito de la mañana hacía estremecer los velos tendidos en los patios interiores, llevaba a las casas amigas el canto grave de las plañideras.

En la plaza del Mercado se recitaba la lista de las muertas durante la noche ante los tempranos compradores y antes de que las ligeras nubes se tiñeran de rosa. Las hijas de los magistrados y los arcontes, apenas nubiles y en vísperas de tomar el amarillo velo de novia, se ahorcaban misteriosamente lo mismo que las otras. Los hombres que acudían a la asamblea, marcados todos con el rojo cordón de los retrasados, descuidaban los asuntos del pueblo y lloraban con la cara hundida en las manos. Los asustados jueces dictaban sentencias de destierro y ya no se atrevían a condenar a muerte.

De las callejuelas oscuras donde habitan las vendedoras de drogas, expulsaron a muchas viejas que escondían la cara a la luz del día. Echaron a las mujeres maquilladas cuyo andar era pesado y sus ojos estaban excesivamente pintados de negro. Los que enseñaban doctrinas desconocidas bajo los pórticos, los que filosofaban con los jóvenes, los sacerdotes que paseaban imágenes de diosas encima de una acémila, los iniciados en los misterios y los adoradores de Cibeles fueron relegados a la parte externa de las murallas.

Todos ellos fueron a poblar las cavernas excavadas en la roca de las montañas vecinas en tiempos inmemoriales. Allí se instalaron en habitaciones de piedra que sirvieron, unas para las prostitutas y otras para los filósofos, de manera que, a partir de la hora del crepúsculo, los

jóvenes de Mileto salían de la ciudad para pasar una noche subterránea. Así pues, en el flanco de las laderas y por las aberturas talladas en la montaña, se veían brillar luces desde la primera hora de vigilia y todo lo que había sido extraño e impuro en la ciudad de Mileto continuó viviendo en el interior de la tierra.

Entonces, los arcontes de la colonia promulgaron un decreto por el que se ordenaba enterrar de una manera nueva a las jóvenes ahorcadas. Debían ser expuestas al populacho, desnudas y con la cuerda al cuello, para ser llevadas así al sepulcro. De este modo se esperaba que el pudor vencería a la muerte voluntaria; pero la tarde siguiente a la promulgación de la ley se descubrió el secreto de las milesias.

Los sacerdotes mantenedores del fuego sagrado en el templo de Atenea se levantaron poco antes de la media noche para añadir ramas al fuego y reponer el aceite de las lámparas. Por entre la obscuridad de la sala central vieron avanzar a un grupo de vírgenes que parecían haber sido avisadas por un sueño, pues se dirigían hacia una determinada losa que levantaron en la negrura, cerca del altar. Un muchacho, que habitualmente transportaba las cestas de la diosa, se veló el rostro y penetró bajo el templo con las vírgenes.

La bóveda era alta y estaba apenas esclarecida en lo alto por un débil punto luminoso. Al fondo, la pared aparecía resplandeciente porque estaba hecha de un solo espejo metálico. Al principio la superficie pulida era nebulosa, pero después pasaban imágenes fugitivas. Era de color glauco como los ojos de las lechuzas consagradas a Palas Atenea.

La primera milesia avanzó sonriente hacia el inmenso espejo y se desnudó. Cayó el velo sujeto al hombro, luego el pliegue del seno y el cinturón de azur que sujetaba el pecho. El cuerpo apareció en todo su esplendor. Deshizo el trenzado de sus cabellos que se le extendieron por los hombros y hasta los talones. A su lado reían las demás muchachas viéndola mirarse. Sin embargo, para quienes estaban junto a ella, no aparecía ninguna imagen en el espejo de metal. Pero la muchacha, con los ojos horriblemente dilatados, lanzó un grito de animal aterrado. Huyó y se oyó el roce de sus pies desnudos en las baldosas. Después, pasados unos minutos entre terror y silencio, resonó el alarido de las plañideras.

La segunda se miró, contempló la pulida superficie y lanzó el mismo gemido hacia su desnudez. Cuando acabó de subir, trastornada, las escaleras del templo, las lejanas quejas mostraron que también se había ahorcado bajo la fría luz de la luna.

El muchacho se colocó exactamente detrás de la tercera, su mirada se dirigió al mismo sitio que la mirada de la milesia y el grito de horror brotó al mismo tiempo de los labios de ambos, pues la imagen en el siniestro espejo deformaba el aspecto normal de las cosas. En aquel espejo, la milesia, parecida a sí misma, veía su frente surcada de arrugas, los párpados recortados, la sombra de la vejez en los ojos rezumando légañas, las orejas flácidas, bolsas en las mejillas, las aletas de la nariz enrojecidas y pilosas, el mentón grasiento y partido, los hombros hundidos, los senos ajados y con los pezones extintos, el vientre caído hacia el suelo, los muslos terrosos, las rodillas aplastadas, los tendones marcados en las piernas y los pies nudosos. La imagen ya no tenía cabellos, y venas de color opaco corrían bajo la piel de la cabeza. Sus manos extendidas parecían hechas de suela y tenía las uñas plumizas. Así es como el espejo mostraba a la milesia lo que le reservaba la vida. En los rasgos de la imagen encontraba todos los indicios de su parecido con ella, tales como el abombado de la frente, la línea de la nariz, el arco de la boca, la separación de los senos y, sobre todo, el color de los ojos que es lo que da sentido y profundidad al pensamiento. Aterrada por su cuerpo y avergonzada del futuro se ahorcó en la puerta del gineceo antes de conocer a Afrodita.

El muchacho la siguió e hizo salir a las otras vírgenes delante de él, pero llegó demasiado tarde y el cuerpo de la milesia ya se estremecía en la agonía. La tendió en el suelo, acarició delicadamente sus miembros y besó sus ojos antes de que llegaran las plañideras.

Tal fue la respuesta del muchacho al espejo de la verdad futura, el espejo de Atenea.

Orfila 52 Y 53

A Georges Courteline

A lo largo de una amplia carretera plantada de árboles unidos y con el follaje regularmente podado, como panes de azúcar clavados en lo alto de frágiles tallos, se veía un muro amarillento y uniforme con dos pabellones semejantes en los dos extremos. La pintura de la reja era oscura; luego había un patio enarenado y oblongo que separaba dos edificios paralelos con altas puertas acristaladas; las construcciones, de dos pisos, tenían tejados inclinados en los que se alzaban campaniles cubiertos de pizarra a intervalos regulares. En los rincones del patio se abrían unas bóvedas grises cuya salida no se veía; jardincillos redondos, cuadrados, en triángulo y romboidales, con tierra pedregosa y hierba rala, interrumpían, junto a los bancos, la triste extensión del suelo encerrado en algunos restos de verde pálido.

Por entre las geométricas figuras de vegetación que colgaban de las escalinatas, y bajo las vidrieras de las puertas, alrededor del único estanque rectangular y muy polvoriento que emergía de las ajadas bocas de unas cuantas piedras grises que se extendían por las cuatro esquinas, avanzaban titubeantes grupos de seres humanos con cabeza tambaleante y rodillas temblorosas; viejos y viejas que parecían decir, unos siempre *sí, sí, a* causa del continuo asentimiento de su persona, otros siempre *no, no*, a causa de la oscilación a derecha e izquierda; ancianas afirmaciones y ambulantes negaciones, tercas en un débil movimiento invariable.

Los hombres llevaban sombreros cuyo fieltro desfondado o abollado había perdido toda apariencia de forma. Pero algunos se colocaban los casquetes ambiciosamente ladeados. Las mujeres dejaban ondear blancos cabellos ajados bajo los sucios bonetes, pero algunas se rizaban la peluca, singularmente negra y sombría encima de sus apergaminadas caras. Pasando por el patio ajardinado y escasamente cuidado, algunos viejos presumidos hacían ademanes con las manos y algunas viejas coquetas hacían monerías con las gafas. Se reunían en grupos alrededor de los bancos, leían revistillas y se ofrecían rapé mientras los pensionistas más entorpecidos contemplaban con expresión inquieta las astutas sonrisas que no comprendían.

El hospital en que habitaban los acogía una vez cumplidos los sesenta años, previo pago de un millar de francos y una pequeña renta que servía para añadir carne al rancho. Los que eran ricos poseían habitación propia en el corredor, marcada con un número. Allí no se poseía nombre. Había el Voltaire 63 y el Aragón 119; al entrar se dejaban de lado los signos de reconocimiento usados en la sociedad a lo largo de una vida corriente, y aquel cementerio animado era más anónimo que el cementerio de los muertos.

No obstante esta sociedad numerada poseía sus reglas y convenciones, pues los titulares de las habitaciones del corredor, como tenían de qué perder en las salas de juego y

podían ofrecer delicadas consumiciones en la cantina a las personas agradables del otro sexo, despreciaban a los miserables ocupantes de las salas comunes en los que uno no podía acicalarse ni esconder la calvicie a los ojos ávidos de los demás.

Como tenían derecho a distribuciones bisemanales de medicamentos, sitiaban a los internos antes de la hora, espiaban el cuaderno e iban, como a la abacería, provistos de viejos trozos de papel en los que habían anotado su encargo, se deleitaban imitando una tos en sus estertorosos pechos, exagerando el dolor de sus torcidos miembros, fingiendo insomnio y llorando males imaginarios. En la consulta, se envidiaban mutuamente las enfermedades para poder llevarse triunfalmente bonos de baños, botellitas de alcohol alcanforado y frascos de jarabe. Los colocaban sobre la mesilla de noche y los contemplaban uno a uno como si fueran provechosas obras de arte o provisiones compradas a buen precio. Pero sobre todo experimentaban la alegría de poseer más que los demás, dado que para ellos ésta era la última encarnación de la propiedad.

La sala Orfila estaba ocupada por mujeres viejas, demasiado pobres para pagar el alquiler de una habitación. Había dos filas de camas de dudosa blancura colocadas frente a frente y sobre las sábanas replegadas se veía una doble hilera de bustos cubiertos con camisola. La número 53 no se levantaba aunque aún estaba bastante ágil a pesar de un reumatismo articular que le envaraba la rodilla izquierda y una parálisis parcial del brazo derecho que llevaba plegado a lo ancho de la cintura. Estaba bien considerada porque se decía que recibía algún dinero de parientes lejanos, aunque prefería gastarlo a su aire en vez de pagar a la administración a cambio de un alojamiento. A su lado, la número 52 la humillaba con su superior agilidad. Conservaba el uso de ambos brazos y sólo padecía de gota en un dedo del pie, pero su párpado inferior derecho, caído a consecuencia de la creciente debilidad de un músculo, dejaba ver las interioridades sanguinolentas del ojo.

Aquellas dos mujeres, rivales en lo físico, también fueron rivales en asuntos del corazón. Ninguna pasión humana había desaparecido de los viejos y las viejas. En las habitaciones había falsos matrimonios de dos y de tres, se oían violentas escenas de celos, en los corredores se tiraban a la cabeza petacas y muletas, por la noche había sombras encogidas acechando a las puertas, armadas de un amenazante almohadón y con el bonete bajado hasta la barbilla. Había persecuciones de cojos, huidas de mujeres coxálgicas y terribles chismorreos entre las ancianas que lavaban la ropa; una exaltaba con énfasis a su hombre, que estaba condecorado y bien cuidado, otra se envanecía de que el suyo aún poseía todos sus miembros.

De modo que viejos puños huesudos caían aún sobre pómulos salientes, masas de cabellos salían volando y dejaban al desnudo cráneos puntiagudos y malformados, se rompían gafas sobre narices negras de tabaco, viejos codos agudos se colocaban simétricamente con las manos en las caderas y terribles injurias resonaban con voces temblorosas a lo largo del día.

La guerra se desencadenó entre la 52 y la 53 por culpa de una pipa de azúcar moreno. Había un viejo con cara de militar que, sin duda, había sido conserje cuando aún era hombre y que visitaba regularmente a la de Orfila 53 como a su prima. Las palabras «mi primo» y «mi prima», repetidas como un eco por aquellas bocas desdentadas para los oídos de las enfermeras, adormecían la vigilancia. Pero a la 52 le gustó el hombre de su vecina. Apretaba la boca, removía los ojos y lo rozaba con la chambra, al pasar, dejando oír un pequeño tartamudeo. Las otras la detestaban a cuál más a causa de su libertad de movimientos. Se oyeron risas gruesas, de catarro, que provocaron nerviosas toses de agotamiento. El viejo,

halagado, dejaba la partida de bolos o de malilla para ir a flirtear por las tardes. La del 53 le hacía el nudo de la corbata, le ponía colirio en los ojos y le regalaba preciosas pildoritas eléctricas que guardaba en una cajita escondida bajo la almohada.

Pero no podía evitar el mirar con envidia la mesilla de noche de la 52, que iba regularmente a la consulta y que constantemente traía botellas que exhibía complacida. Un día el viejo sacó graciosamente una pipa de azúcar moreno de su pañuelo de hierbas, la 53 se agitó alegremente, retiró la almohada, se apoyó en ella y provocó a su vecina con los ojos sosteniendo la pipa entre sus dientes temblones.

Mostraba la pipa como un niño, la hacía dar vueltas en el aire, la chupaba, miraba el extremo que había chupado y dijo palabras de doble sentido que no fueron contestadas, pero que tampoco se perdieron.

En efecto, a partir de aquel momento, la 52 desapareció todas las mañanas a la misma hora. Nadie sabía dónde iba. Durante varios días tuvo aspecto de sufrir una pena de amor. Poco a poco se puso más contenta. Finalmente una mañana, al volver de su misterioso paseo, hizo un magnífico palmo de narices a la pipa de azúcar moreno y después, separando los dedos, hizo los cuernos por encima de su frente y se tocó el brazo izquierdo con burlona satisfacción, como compadeciendo a la 53 por no poder hacer lo mismo.

Aquello fue el fin. En la sala Orfila hubo un complot contra la desvergonzada e importuna. Se escupía afectadamente cuando pasaba ella, las viejas se tocaban los ojos con falsas náuseas, susurraban entre ellas y se mantenían apartadas de la 52. Por la tarde se oyeron roces de papel y chirriar de lápices.

No obstante, el viejo, con aire inocente, seguía viniendo a ver a su «prima».

La 53 no parecía irritada en manera alguna. Pero, menos solícita, preguntaba a su primo con afectación qué hacía por las mañanas, y el viejo, restregándose las secas manos, mentía descaradamente.

El día de la visita del médico jefe hubo un movimiento general de curiosidad. El doctor se paró ante el número 52 y dijo a las enfermeras en voz alta: «Cambien a ésta de sala.» La 52, asombrada, murmuró: «Pero ¿por qué, doctor?» El médico respondió mientras continuaba su ronda: «Sus compañeras se encargarán de decírselo.»

El concierto comenzó apenas hubo salido el médico. Se oyeron penosos silbidos de un lado a otro de la sala junto a espasmos de alegría. Algunas viejas babeaban de contento. Otras golpeaban las sábanas en un paroxismo de risa. La 53, levantada por completo, aulló enarbolando su pipa: «¿Por qué, hija mía? Porque hemos presentado una petición en contra tuya. Toda la sala. Tu ojo colorado nos *da asco*. No podemos comer.»

En un ronco coro las enfermas exclamaron con estertores en el pecho: «Sí, ¡tu ojo nos *da asco!*»

La 52 seguía pegada a la almohada, estupefacta. A su izquierda, una mujer que tema paralizados los músculos de los ojos, movía la cabeza de un lado para otro, como un loro, con las pupilas fijas, alimentándose de su vejación. A su derecha, una vieja atacada del baile de San Vito chasqueaba frenéticamente las mandíbulas y la máscara sin arrugas liaba continuamente imaginarios cigarrillos a ras de la manta en un movimiento ininterrumpido.

El Sabbat De Mofflaines

A Jean Lorrain

Colart, caballero y señor de Beaufort, pasó junto al cementerio, cuando atravesaba una noche la villa de Arras, después de haberse quedado hasta muy tarde en el hotel del Cisne bebiendo hipocrás con miel. Bajo la luz de la luna, que parecía roja porque estaba coronada de niebla, vio a tres muchachas de vida alegre cogidas de las manos. Mascullaban sutilmente y sonreían de labios afuera. Le agarraron por los brazos muy dulcemente, y dos de ellas le dijeron que se llamaban Blancminette y Belotte. La tercera, que era flamenca, sacudió los rubios cabellos y le habló en su jerga. Las otras la llamaban Vergensen.

Al aproximarse, el caballero de Beaufort vio que daban vueltas alrededor de una losa blanca. Las tres muchachas de vida alegre se rieron de él cuando retrocedió, pues estaban vertiendo agua regia de un frasco verde sobre la piedra y la piedra se puso a chirriar como cal viva. Arrojaron en ella lagartos destripados, ancas de rana, peludos hocicos de rata, garras de pájaros nocturnos, arsénico boratado, la sangre negra de un barreño de cobre, tiras de ropa sucia, raíces de mandragora y largas flores de digital de las llamadas dedos de muerto. Al mismo tiempo decían sin parar: «Jinetes de escoba, jinetes de escoba.»

A los pocos momentos Colart ya no supo en qué lugar del mundo estaba. Belotte, Blancminette y Vergensen le condujeron hasta un viejo horno de cal que se abría cerca del cementerio. Se quedó a la sombra de una puerta blanca y salió una mujer sin saya ni zapatos ni atavíos. Parecía vestir únicamente una larga camisa rayada con franjas lunares y su rostro estaba a medias cubierto por una caperuza negra. Las tres muchachas de vida alegre aplaudieron gritando: «Demiselle, Demiselle, Demíselle.»

La tal Demiselle llevaba en las manos una cazuelita de barro y algunas varas de madera. Frotó cinco varias con un unguento negro que había en la cazuela y cada una de las tres muchachas de vida alegre se colocaron una entre las piernas y montaron en ellas como en un caballo. Demiselle obligó a hacer lo mismo al caballero de Beaufort. Les ungió con el dedo las palmas de las manos y, de pronto, Colart se encontró volando por el aire de la noche con las cuatro mujeres. Pues la varilla ungida que tenía entre las piernas le parecía un caballo vagabundo en vuelo silencioso, y sus manos untadas de unguento le parecían membranas con garras semejantes a alas.

Cuando volaban por encima de la ciudad de Arras el caballero Colart interrogó a las tres muchachas. Le dijeron que iban a reunirse con su Amo en el bosque de Mofflaines, que está a una legua en medio del campo. Vergensen rió en el aire sacudiendo la cabeza.

Descendieron en un calvero débilmente iluminado. Las masas de follaje temblaban. Había una mesa prodigiosamente larga cuyo extremo se perdía en el bosque, junto a unas altas

fuentes. Estaba cargada de carnes rojas, blancas y de caza, de cuartos de carnero, costillas de buey, piernas de cabrito y cabezas de jabalí. Las aves, llenas de grasa bajo la piel fina, se apilaban en montones, y gruesas ocas, ensartadas en un asador, estaban colocadas en lo alto de todo. Las salseras desbordaban de agraz y caldo claro con almíbar. Las fuentes relucían como plata y oro bajo los flanes, pasteles de gloria y frutos de sartén. Las jarras humeaban repletas de vino caliente, y había jarras de rubio hidromel espumoso. En toda la mesa, tan lejos como alcanzaba la vista, había mujeres tendidas desnudas que hundían los talones en tazas ovales colocadas entre la cristalería y los cacharros de esmalte y madera veteada. En medio de todo, sentado a medias entre las mujeres y las viandas, se erguía un enorme perro negro con las patas separadas y las sangrientas fauces ladrando a la luna.

El perro lanzó un ladrido a Demiselle, y Colart se estremeció entre Belotte y Blancminette porque Vergensen, desnudándose, se dirigió a la mesa y besó el oscuro hocico del enorme perro. Al caballero le pareció que el perro, como respuesta, mordió a la flamenca en la garganta dejándola un triángulo rojo, como si la hubieran marcado a fuego. No obstante, Colart se colocó entre Belotte y Blancminette, que le hicieron beber un licor caliente y con sabor a tinta en un vaso de extraña forma. Inmediatamente vio que lo que le había parecido un perro negro era un mono verde, sentado en cuclillas, con la cola en forma de látigo, mandíbula estremecedora y ojos de fuego. Varios de los convidados fueron a besarle la pata y él les clavaba la garra alrededor de la boca. Colart de Beaufort reconoció entre ellos a una linajuda dama de Arras, Jehanne de Auvergne, a Huguet Camery, barbero conocido como Paternóster, a Jehan Le Févre, corregidor mayor, y a varios corregidores más, señores, escribanos y notables de la ciudad e incluso a un viejo pintor de unos setenta años cuya barba era blanca y al que conocía mucho.

El viejo pintor parecía ser muy estimado en la reunión; los demás le llamaban el abate Peu-de-Sens, y él se quitaba el capillo saludando a derecha e izquierda. Como era retórico recitó varios discursos y bellas baladas de color subido, una de ellas en loor de la Virgen María, al final de la cual se descubrió y dijo: «Que no se disguste mi Amo.» Aquello hizo reír a Vergen-sen y el mono verde le tiró de los cabellos por debajo de la caperuza.

El abate Peu-de-Sens se acercó al caballero, le saludó muy devotamente con el nombre de «hermoso señor» y le dijo que quería conducirlo hasta su amo para que le rindiera homenaje, pero le ordenó escupir durante el camino. Al seguirle, Colart iba paralizado de miedo, pues en el suelo había un largo crucifijo en el que los convidados colocaron los pies y que le ordenaron mancillar. Luego fue ante el mono verde y se dio cuenta de que se había equivocado al ver que el mono verde era exactamente un macho cabrío de pies hendidos que sólo se parecía a un mono en la larga cola. El abate Peu-de-Sens le puso en las manos dos candiles encendidos y le dijo que fuera de rodillas a besar el trasero del macho cabrío, porque ésa era la forma de rendirle homenaje. Cuando Colart iba con los dos candiles encendidos todos los jinetes de la izquierda gritaron: «¡Homenaje, homenaje!» y todos los jinetes de la derecha gritaron: «¡Nuestro Amo, nuestro Amo!» El macho cabrío se volvió y Colart obedeció creyendo que su boca ardía y echaba humo.

Hecho esto, el macho cabrío llamó a los jinetes de la izquierda y a los jinetes de la derecha y alabó a Colart por su fe; luego el abate condujo a otros nuevos con candiles en la mano para que besaran al macho cabrío como lo había hecho el caballero. Después, junto a las mujeres desnudas y al abate que recitaba *lays*, todos se pusieron a comer y a beber. De repente se levantó un soplo frío y el cielo se volvió gris entre el follaje. Los jinetes se pusieron las escobas entre las piernas y Colart se encontró otra vez volando a través del aire de la mañana.

Primero desapareció Demiselle. Luego Belotte y Blancminette, pero Vergensen se había quedado con el macho cabrío en el bosque de Mofflaines.

Todas estas cosas las confesó Colart, caballero y señor de Beaufort, cuando el obispo de Arras le hizo dar tormento en sus calabozos. Anteriormente fueron libradas a la justicia laica Demiselle, Belotte y Blancminette, muchachas de vida alegre, así como el abate Peu-de-Sens. Los coronaron con una mitra en la que estaba pintada la cara del diablo rodeada de llamas, y fueron quemados en cadalsos, aunque el abate Peu-de-Sens se había cortado la lengua con un cuchillo para que su boca no respondiera cuando le torturaron. En cuanto a la flamenca de rubios cabellos que reía cabalgando en el sabbat, nadie la pudo encontrar y Colart no la volvió a ver jamás. Porque no quemaron al caballero. El duque de Borgoña envió desde Bruselas a su heraldo favorito, Toisón d'Or, para que oyera su confesión. Toisón d'Or imploró perdón para él a la justicia eclesiástica. Colart de Beufort fue coronado con la mitra que tenía pintada la cara del diablo y encerrado durante siete años, a pan y agua, en una de las cartujas del obispo de Arras, al que llamaban el *Bonnel*.

La Maquina Parlante

A Jules Renard

El hombre que entró con un periódico en la mano tenía los rasgos móviles y la mirada fija. Recuerdo que estaba pálido y arrugado, que no le vi sonreír ni una sola vez y que su manera de ponerse el dedo en los labios estaba llena de misterio. Pero lo que primero llamaba la atención era el sonido apagado y rápido de su voz. Cuando sus palabras eran lentas y bajas, se oían los tonos graves de aquella voz junto a repentinos y vibrantes silencios, como armonías lejanas que se estremecieran al unísono. Pero generalmente las palabras se agolpaban en sus labios y brotaban sordas, entrecortadas y discordantes como ruidos de algo que se resquebraja. Parecía haber en él cuerdas que se rompían sin cesar. Todas las entonaciones habían desaparecido de la voz y no se notaban matices, como si estuviera asombrosamente vieja y sobada.

Pero el visitante a quien yo no había visto nunca, se dirigió a mí diciendo: «Usted ha escrito estas líneas ¿no es así?»

Y leyó: «La voz es el signo aéreo del pensamiento y por lo tanto el alma que instruye, predica, exhorta, ruega, alaba y ama, aquello por lo que se manifiesta el ser en la vida, casi palpable para los ciegos, imposible de describir por ser demasiado tornadiza y diversa, demasiado viva y encarnada en demasiadas formas sonoras, la voz que Théophile Gautier renunció a definir con palabras porque no es dulce, ni seca, ni cálida, ni fría, ni incolora, ni coloreada, sino algo de todo esto en otro ámbito, la voz que no se puede tocar, que no se puede ver, lo más inmaterial de todas las cosas terrestres, lo que más se parece a un espíritu; y la ciencia la ensarta con un estilete cuando pasa, para hundirla en los agujeritos de un cilindro que da vueltas.»

Cuando acabó sus palabras tumultuosas, que no llevaron a mis oídos más que un sonido opaco, el hombre bailó sobre una pierna, luego sobre otra y, sin abrir la boca, lanzó una carcajada seca como un crujido.

—La ciencia —dijo— la voz... Más adelante ha escrito usted: «Un gran poeta ha enseñado que la palabra no se puede perder porque es movimiento, porque es poderosa y creadora y porque quizá sus vibraciones hacen surgir otros universos en los límites del mundo, estrellas acuosas o volcánicas, nuevos soles en combustión.» Y ambos sabemos ¿no es así? que, mucho antes que Poe, Platón predijo el poder de la palabra: Ουκ απλωσ πλητη αεροσ εστιδ η γωδη. «La voz no es sólo un golpe en el aire pues el dedo, al agitarse, puede golpear el aire y nunca podrá hacer brotar la voz.» También sabemos que un día del mes de diciembre de 1890, en el aniversario de la muerte de Robert Browning, se oyó en Edison-House cómo salía del

ataúd de un fonógrafo la voz viva del poeta, y que las ondas sonoras del aire pueden resucitar para siempre.

«Ustedes son sabios y poetas, saben imaginar, conservar e incluso resucitar, pero desconocen lo que es la creación.»

Miré al hombre con lástima. Una profunda arruga le atravesaba la frente desde la punta de los cabellos hasta la raíz de la nariz. La locura parecía erizarle los cabellos e iluminar los globos de sus ojos. El aspecto de su cara era triunfante como el de los que se creen emperador, papa o Dios y desprecian a quienes ignoran su grandeza.

—Sí —continuó el hombre; y su voz se apagaba a medida que intentaba nacerse más fuerte—, usted ha escrito todo lo que saben los demás y la mayor parte de las cosas que son capaces de soñar. Pero yo soy más grande. Si Poe tenía razón, yo puedo crear mundos en rotación y esferas inflamadas y ruidosas con el sonido de una materia que no tiene alma; he sobrepasado a Lucifer porque puedo obligar a blasfemar a las cosas inorgánicas. Por obra de mi voluntad, día y noche, pieles que estuvieron vivas y metales que quizá no lo están todavía, profieren palabras inanimadas. Y si es verdad que la voz crea universos en el espacio, los que yo hago surgir son mundos que han muerto antes de haber vivido. En mi casa yace un Béhémot que muge a un gesto de mi mano: *yo he inventado una máquina parlante*.

El hombre se dirigió a la puerta y yo le seguí. Pasamos por calles frecuentadas y calles turbulentas; por fin llegamos a los suburbios de la ciudad cuando las farolas de gas se encendían una a una detrás de nosotros. El hombre se paró ante la poterna baja de un muro ennegrecido y corrió un cerrojo. Entramos en un patio silencioso y oscuro y allí el corazón se me llenó de angustia porque oía gemidos, gritos rechinantes y palabras silabizadas que parecían bramidos de un gajnate abierto. Las palabras no tenían ningún matiz, como la voz de mi guía, de modo que no pude reconocer nada humano en aquel aumento desmesurado de sonoridades vocales.

El hombre me hizo entrar a una sala que no pude mirar de tan terrible como me pareció a causa del monstruo que se alzaba en ella. Pues en el centro, alta hasta *el techo*, había una garganta gigantesca, distendida y pardusca, con repliegues de piel negra que colgaban y se hinchaban, un soplo de tempestad subterránea y dos labios enormes temblando en lo alto. Entre rechinar de ruedas y gritos de alambre metálico, se veían estremecer aquellos montones de cuero y los labios gigantes se abrían y se cerraban vacilantes. En el fondo rojo del abismo que se abría, se agitaba un inmenso lóbulo carnosos, se alzaba, se contoneaba y se extendía hacia arriba y hacia abajo, a derecha e izquierda. En la máquina estallaba una ráfaga de viento seco y brotaban palabras articuladas, pronunciadas por una voz extrahumana. Las explosiones de las consonantes eran terribles, pues la P y la B, parecidas a la V, se escapaban directamente a ras de los bordes labiales, inflamados y negros. Parecían nacer ante nuestros ojos. La D y la T se lanzaban por debajo de la hoscá masa superior de cuero cuando retrocedía, y a R, preparada lentamente, se arrastraba de manera siniestra. Las vocales, bruscamente modificadas, caían del gajnate abierto como sonidos de trompa. El tartamudeo de la S y de la CH sobrepasaba en horror a cualquier mutilación prodigiosa.

—Esta es —dijo el hombre poniendo la mano en el hombro de una mujercita flaca, contrahecha y nerviosa— el alma que hace mover el teclado de la máquina. Ella ejecuta trozos de palabra humana en mi piano. La he educado en la admiración de mi voluntad; sus notas son tartamudeos, sus gamas y ejercicios son el BA BE BI BO BU de la escuela, sus estudios las fábulas que yo compongo, sus fugas mis piezas líricas y mis poesías, y sus sinfonías mi

filosofía blasfema. Mire usted las teclas que llevan, en su alfabeto silábico, todos los miserables signos del pensamiento humano en tres filas paralelas. Sin que intervenga el infierno produzco al mismo tiempo la tesis y la antítesis de las verdades del hombre y de su Dios.

Colocó a la mujercita en el teclado, detrás de la máquina. «Escuche», dijo con su apagada voz.

Los fuelles se pusieron en movimiento bajo los pedales, los pliegues que colgaban de la garganta se hincharon, los labios monstruosos se estremecieron y se abrieron, la lengua trabajó e hizo explosión el mugido de la palabra articulada:

EN EL PRIN-CI-PIO ERA EL VER-BO

aulló la máquina.

–Eso es mentira –dijo el hombre–. Es la mentira de los libros que llaman sagrados. He estudiado durante años y años, he abierto gargantas en las salas de disección, he oído voces, gritos, llantos, sollozos y sermones, los he medido metódicamente, los he sacado de mí mismo y de los demás, he roto mi propia voz en el esfuerzo y he vivido tanto con mi máquina que hablo *sin matices*, como ella, pues el matiz pertenece al alma y la he perdido. Esta es la verdad y la palabra nueva –gritó con plena potencia de su voz, pero la frase resonó como un ronco murmullo–. La máquina va a decir:

YO HE CREADO EL VERBO

Y los fuelles se pusieron en movimiento bajo los pedales; los pliegues que colgaban de la garganta se hincharon; los labios monstruosos se estremecieron y se abrieron; la lengua trabajó y la palabra explotó en un monstruoso tartamudeo:

VER-BO VER-BO VER-BO

Hubo un desgarramiento extraordinario, un crujido de ruedas, un decaimiento de la garganta, un ajamiento total de los cueros y un fuerte estallido de aire que se llevó hechas pedazos las teclas silábicas; y yo no pude saber si la máquina se había negado a blasfemar o si la ejecutante de las palabras había introducido un principio destructivo en el mecanismo, pues la mujercita contrahecha había desaparecido y el hombre, cuyas arrugas surcaban la cara completamente tensa, agitaba los dedos con furia ante su boca muda porque había perdido la voz definitivamente.

Blanche La Sangrienta

A Paul Margueritte

Cuando Guillaume de Flavy se cansó de las guerras y de la política quiso aumentar su herencia y tomar esposa. Era un hombre alto y fuerte, ancho de espaldas, de abultadas tetillas y muy peludo; hacía doblarse hasta el suelo a dos caballeros armados colocándoles las dos manos encima. Se calzaba las polainas e iba el mismo hasta la gleba a golpear con su espesa mano la espalda de los sucios hombres que se doblaban sobre los surcos. Tenía la cara cuadrada y roja a causa de la sangre que latía siempre en sus sienes, y los huesos de las carnes crujían entre sus mandíbulas.

Un día, cabalgando por la linde de sus prados, cerca de Reims, vio los campos de Robert d'Ovrebrec. Echó pie a tierra y entró en la gran sala de la casa. Las arcas alineadas a lo largo de los muros, amplias y capaces de esconder a una persona, tenían un aspecto miserable, la mesa del mobiliario estaba coja, los hierros del hogar oxidados y el asador cubierto de media pulgada de grasa. Aquí y allá se veía un delantal de zapatero, leznas y martillos planos. En un rincón había un hombre con las piernas cruzadas que manejaba la aguja en una camisa de tela burda. Pero también había una niña, en cuclillas sobre las piedras del hogar, que tenía mirada absorta y cabellos de oro alrededor de su pálida cara, y que volvía la cabeza hacia Guillaume de Flavy. Tendría unos diez años, el pecho plano, los miembros frágiles, las manos menudas; su boca, dibujada en la cara como una cortadura sangrienta, era la de una mujer.

Era Blanche de Ovrebrec; su padre se había convertido en vizconde de Acy pocos días antes por ley de sucesión. El tenía la espalda redonda, la barba larga, las manos aptas únicamente para las herramientas; cuando pensaba en sus feudos tomaba el aspecto sorprendido e inquieto del hombre que maneja un objeto peligroso. El escudero inglés Jacques de Béthune, que servía bajo la bandera de Luxem-burgo, había venido a pedir a la muchachita, y su padre, indeciso, no sabía si debía esperar algo mejor. Las tierras de la herencia estaban gravadas en trescientos mil escudos; el antiguo vizconde de Acy debía personalmente otros diez mil; quizá los ingleses o los luxemburgueses se encargarían de pagar las deudas.

Pero fue Guillaume de Flavy quien se llevó a la pequeña Blanche. Pagó las deudas para guardar las tierras y se casó con ella en un matrimonio blanco prometiendo no consumar éste hasta tres años más tarde. Así fue como este hombre de enorme apariencia se apoderó de los feudos de Acy y de un ser frágil, salvaje e infantil. Tres meses más tarde la pequeña Blanche vagaba por el castillo como una gata enferma, con las cejas fruncidas y los ojos sin color, porque había conocido los crueles desposorios con Guillaume de Flavy.

Ella no comprendía nada ni podía comprender. Era muy distinta en edad y maneras. El hombre era tan duro con ella como con su barbero. Cuando estaba a la mesa se limpiaba la boca con el revés de la mano y arrojaba las viandas que le sobraban a la cara del obsequioso barbero. Gritaba y juraba sin parar y disponía de su vino y sus vituallas. Colocaba las fuentes ante sí dejando a ambos lados de la mesa al padre y a la madre de Blanche, una madre que ya tenía la cabeza temblona y cuyos huesos nacían ángulos por todo su cuerpo; malvivió durante algún tiempo sin comer y sin hablar, vieja e ininteligible, se puso lívida y murió. El padre decayó como si hubiera tomado veneno y después de haber bebido firmó actas para Flavy; había abandonado sus tierras cargadas de deudas y se frotaba las manos canturreando, contento por su buena renta vitalicia. Pero como ya no comía quiso tener dinero, gritó débilmente como una pobre criatura espantada y compuso un pliego de quejas para el rey con su escritura temblorosa. Guillaume agarró los papeles por casualidad, el viejo gimió, los lacayos le encerraron bajo el foso y cuando, un mes más tarde, lo sacaron al sol encontraron un cadáver seco con los dientes clavados en un zapato cuya puntera habían roído las ratas.

La pequeña Blanche se volvió extraordinariamente glotona. Comía dulces hasta reventar y su boca sangrienta estaba siempre repleta de pasteles y cremas. Inclineda sobre la mesa, con los ojos cerca de las viandas, devoraba rápidamente con una mirada siempre límpida; luego bebía largos tragos de vino, clarete o tinto, con la cabeza echada hacia atrás y por su cara se veía pasar una oleada de placer; se echaba un cubilete de vino en la boca completamente abierta, lo guardaba sin tragarlo, con las mejillas abultadas, y luego, lo salpicaba al rostro de los invitados como una fontana viviente. Después de la comida se levantaba vacilante y, ebria, se ponía de pie contra la pared igual que un hombre.

Sus maneras gustaron al bastardo de Aur-bandac, negro y maligno, cuyas cejas se unían en una sola línea encima de la nariz. Iba con frecuencia a casa de Flavy, de quien era pariente y cuyas tierras esperaba con impaciencia. Como era esbelto, nervioso, de tobillos de acero y fuertes puños, miraba el pesado cuerpo de Guillaume con expresión irónica. Pero la pequeña Blanche no se impresionó. Entonces él le habló delicadamente de sus vestidos, asombrado de verla todavía con su atavío de novia (le dijo que había crecido desde entonces) y le mostró a las burguesitas que poseían vestidos de escarlata, de Malinas o de marta, forrados de piel, con grandes mangas y una caperuza de cuyo largo cucurucho colgaba una tela de seda roja o verde que caía hasta el suelo. Ella lo escuchaba como si le hablara de un vestido para una muñeca. Entonces el bastardo de Aurbandac le siguió la corriente vaso en mano, la hizo beber y reír y le ofreció dulces, burlándose de su marido de tal manera, que ella salpicaba el vino como un pájaro que se baña aleteando en una rodada llena de agua.

El barbero, cuya cara llevaba huellas de huesos de cordero, se inclinaba en medio de los dos y juntó su cabeza con la del bastardo. Juntos fraguaron un complot para apoderarse del castillo y acordaron que éste sería para el bastardo, y que la mujer, dada su inocencia, estaría a merced de ambos siempre que se encargara de las llaves de la bodega y de la despensa.

Una tarde, Guillaume de Flavy tropezó con el umbral y se dio un golpe en la cara haciéndose una herida que le abría la mejilla y la nariz. Gritó llamando al barbero y éste vino casi inmediatamente trayendo lienzos impregnados de un olor singular. La cara de Guillaume se inflamó durante la noche, la piel se le puso blanca y distendida, con vetas más oscuras, sus ojos saltones lloraban sin cesar y la herida tenía el repugnante aspecto de las carnes martirizadas.

Toda la mañana estuvo en un sillón, aullando de dolor; la pequeña Blanche parecía tan aterrada que hasta se olvidó de beber y miraba a Guillaume desde el otro extremo de la habitación con sus ojos transparentes mientras su boca, muy roja, se movía débilmente.

En cuanto Guillaume subió a acostarse, velado por el escudero Bastoigne, resonaron en el castillo mil ruidos ligeros. Blanche escuchaba con la oreja pegada a la puerta y un dedo sobre los labios. Se oían apagados choques de cotas de malla, sordos golpes de armas, rechinaba el postigo de la gran poterna y en el patio había un chirrido desacomunado. Algunos inciertos resplandores de farol pasaban y volvían a pasar. No obstante, en la gran sala donde aún estaban preparadas las piezas de carne, ardían las antorchas de resina con una llama erecta y un largo hilo humoso a través del aire calmo.

Blanche subió dulcemente, con su paso de niña, a la habitación de su marido que estaba tendido de espaldas, con la cara inflamada rodeada de vendajes y vuelta hacia las vigas de arriba. Bastoigne salió porque Blanche se iba a acostar. En efecto, se deslizó en el lecho y puso sobre su brazo la repugnante cabeza para acariciarla. Guillaume respiraba difícilmente con jadeos desiguales. Entonces la pequeña Blanche se puso sobre él, tomó la almohada, la sostuvo sólidamente sobre la cara entrapada y abrió una mirilla que había encima de la cama y que normalmente estaba sellada.

Por allí pasó la negra cabeza del bastardo trepando con precaución. De un salto se puso de rodillas sobre el pecho de Guillaume y le asestó dos o tres golpes en la cabeza con el bastón hendido que traía. El hombre emergió de las sábanas y un grito horrible brotó de su boca tumefacta. El barbero salió de debajo del jergón y agarró al escudero Bastoigne por medio del cuerpo cuando abría la puerta; el bastardo le cortó el cuello a Guillaume con una daga que llevaba a la cintura. El cuerpo se enderezó y cayó a tierra arrastrando a la pequeña Blanche, que se quedó en el suelo yaciendo sobre el cadáver caliente y recibiendo la tibia sangre que brotaba del cuello; su vestido había quedado atrapado bajo su marido agonizante y ella no era lo bastante fuerte para librarse.

El barbero, solícito, ayudó a levantarse a la pequeña Blanche mientras el bastardo se lanzaba a la ventana; y como Blanche de Ovre-breuc, vizcondesa de Acy, era religiosa, limpió su boca y la cara de su marido con su caperuza de Picardía, se la puso sobre la hinchada cara y dijo tres *Pater* y un *Ave* con su voz infantil en medio de los gritos lanzados por los hombres del bastardo de Aurbandac que buscaban los cofres de la avena.

La Grande-Brière

A Paul Hervieu

Al final de unos caminos encajonados y surcados por rodadas llenas de barro, en las que traqueteaba el carricoche, el caballo alzaba bruscamente las ancas y el cochero juraba y golpeaba su enorme sombrero agitado por el viento mientras fumaba una corta pipa, se extendieron ante nosotros las tierras estériles sembradas de piedras grises. Crecían matojos de aulagas junto a unas pocas retamas. Más allá, el suelo descendía en pendiente regular y se volvía pantanoso. A los lados del camino había grandes charcos y las repugnantes ranas se lanzaban en ellos de cabeza y a cuerpo descubierto. La granja, techada de bálago enmohecido, estaba entre dos cobertizos bajos sobre una alfombra de paja desmenuzada y empapada en estiércol líquido.

En la puerta apareció una mujer con el delantal recogido. Nos miró con aire suspicaz y, cuando entramos, murmuró palabras malignas. El suelo era de tierra apisonada. De las vigas negras que recorrían el techo colgaban panes redondos y dorados. Las morcillas pendían en hileras y los trozos de tocino se amontonaban en una bovedilla. Dos obreras, instaladas junto a la ventana, agitaban la lanzadera sobre un telar en el que los hilos se cruzaban y descruzaban a cada latido del mecanismo. Una de ellas tenía una gran arruga en la frente y sus ojos negros estaban hundidos bajo las duras cejas; sus senos apuntaban pequeños, pero firmes en el justillo de cordones, y todo su cuerpo poseía una graciosa delgadez.

La campesina sacó la manteca con expresión arisca, alzó la tapa de la mesa colocada sobre una artesa, cortó sopas de pan y cascó los huevos en una fuente de barro amarillo. Cuando quisimos «ir al pantano», nos miró furiosa y llamó a su hombre. Este estaba detrás de la puerta, en el establo de los bueyes. El pantalón, deshilachado, le colgaba alrededor de los zuecos ferrados, y dos anchos tirantes sostenían la pretina a mitad del pecho. Tenía la cara delgada e inquieta, sus ojos vagaban perpetuamente por todos los objetos y se acariciaba las blancas patillas con miedo.

—¿Al pantano quieren ustedes ir? —preguntó—. ¿Para qué? Las aguas están bajas y dar vueltas dentro es un chapoteo. A menos que haya dos bicheros; yo solo no puedo, desde luego.

—Lleva a Marianne contigo —dijo la mujer—. Ya está fortalecida —una de las costureras, la que tenía el pliegue en la frente, alzó la nariz.

—Ustedes no van siempre detrás de los patos —volvió a decir el hombre—. Perdón, excúseme otra vez. Porque no los hay todavía, aunque quizá sí encontremos alguna bandada en

la junquera. Y tú –dijo a la costurera–, ¿no has visto los quechemarinos esta noche? ¿Quieres venir a las «damiselas de Pornichet»?

Marianne frunció las cejas y se ajustó la ropa. El campesino se volvió a nosotros y continuó: «Es una desgracia. Esta es una muchacha muy buena, pero que tiene la cabeza al revés, como si dijéramos. Trabaja en una casa, por allá, con unas señoras de París. Eso le da a medianoche; es un peso que tiene en el pecho. Se vuelve, se revuelve y da igual. Acaricia el huso en la cama, lo besa, le da vueltas entre los dedos, le hace carantoñas como a una persona y va al granero a buscarle migajas para regalarle el pico; peor aún, la pobre le dice palabras que da pena verla. No oye nada y tiene los ojos cerrados, que es lo peor de todo... Luego se duerme hasta por la mañana. Tiene novio desde el año pasado y ya no lo puede soportar. A veces llora y dice que quisiera casarse con él, pero que ya no es posible. Eso nos revuelve la sangre.

Ella parecía no oírlo y nos esperaba en el umbral con los aperos de la barquilla. Era una embarcación de fondo plano y recién calafateado. El hombre nos empujó hacia el estrecho canal sinuoso que conducía al pantano abierto. El agua era negra a causa del suelo: una oscura turbera llena de atormentados surcos. A medida que nos deslizábamos a ras de los nenúfares, la planicie se extendía a derecha e izquierda, cubierta a lo lejos de aulagas amarillentas y junqueras verdes; el viento doblaba en masa los altos tallos flexibles. La Grande-Brière se alargaba hasta el límite del horizonte con sus altas hierbas estremecidas, como una pradera salvaje inundada a medias. De vez en cuando la barquilla rozaba en la turba y tropezaba contra algún terraplén herboso por el que caían las junqueras, le dábamos la vuelta y se deslizaba otra vez por entre los tallos leonados de los nenúfares y las rojas hierbas de agua dulce. Un cielo pálido, ceniciento, lanzaba luz tamizada sobre la Brière y los pájaros salían volando de los arbustos y lanzaban roncós gritos.

En algunos lugares los vaporosos rayos del sol ponían blancos espejos vacíos al pie de las hierbas; el agua temblaba entre los tallos; los arbustos se entrecruzaban sobre los terrones de turba, y las blancas raíces que afloraban parecían paquetes de pálidas anguilas muertas de tristeza.

–No veremos grullas –dijo el campesino. Entonces su hija se volvió y nos mostró una bandada de animales a la derecha. Teníamos los fusiles preparados, pero la salva sólo nos procuró un pájaro que cayó lentamente describiendo un espiral en el aire. Cuando tocó el agua fría se puso a dar saltitos agitando la superficie con las alas y gritando hacia la luz. El hombre fue a pescarla con las piernas desnudas y la sostuvo por la roja pata. La «damisela de Pornichet» tenía el cuerpo gris perla, la cabeza negra y el pico rosa y largo con fosas nasales afiladas. Al oír sus gritos, la bandada de sus hermanas, que piaba dando vueltas y agachándose, se alzaron bruscamente para huir con toda la fuerza de sus alas hasta no ser más que puntos negros en la ceniza rojiza del cielo; después se agrandaron poco a poco hasta correr por encima de nosotros a alas desplegadas, con el pico abierto, amenazadoras y enloquecidas.

Muy pronto la grulla se balanceó al extremo de un bichero hinchado en la turba; se revolvía tristemente, atada por una pata y agitaba el muñón del ala lanzando desesperadas llamas con el pico abierto; un punto se destacó de lo alto y el pájaro del extremo intentó liberarla. Entonces disparamos y las grullas cayeron describiendo grandes círculos para hundirse en el agua con la negra cabeza y el rojo pico sacudidos por la agonía. La cadena alada de las demás lloraba sin parar serpenteando por encima de nuestras cabezas.

–Las grullas se ayudan unas a otras –dijo el hombre–. Así son más fáciles de matar. – Mientras hablaba apareció una barca verde al fondo del canal opuesto, semejante a un animal que hubiera nacido en los juncales y que viviera en la Brière. En la proa se veía un hombre de pie y en la popa una manchita negra y roja que debía ser una mujer. «Ahí va tu ama –dijo el campesino–; viene a la Brière antes de ir a casarse a París. No sería mal ejemplo para ti el tomar un hombre.»

El salvaje grito que brotó de los labios de Marianne acalló sus palabras. Estaba apoyada en el bichero con los ojos negros lanzando llamas y la arruga de su frente estaba profundamente marcada. «¡Ah! ¡Se va! –gritó–. ¡Ah! ¡Trae a su enamorado a la Brière! ¿Dónde iré yo? ¡Eso no se hace! Yo tenía un novio y ya no lo tengo. Ahora estoy flaca, huesuda, que es peor; tengo la cabeza al revés y ella tiene la culpa. No hay quechemarín; es la parisina; no hay huso; es la parisina; me ha echado mal de ojo; no podré vivir sin ella y no puedo. Pero no se irá, no, ni mucho menos. ¡Yo haré que se quede!»

Hundida en el asiento, lloraba con grandes aspavientos y el rostro escondido en la falda; la expresión del campesino se había vuelto más inquieta y nosotros nos mirábamos en silencio sin saber qué pensar. El hombre empujaba el barco a golpes de bichero y, de pronto, una bandada de patos salió pesadamente de la junquera. Apenas tuvimos tiempo de coger las escopetas cuando ya no vimos más que cinco puntos en el fondo del cielo. Las «damiselas de Pornichet» huían en parejas hacia atrás y hacia adelante atraídas por su marcha.

La barca verde se aproximaba ahora. La muchacha, sentada en la popa, llevaba un vestido gris claro con cuello rojo de amplios ribetes y un negro sombrero de mosquetero; sus cabellos rubios caían en rizos. Marianne dejó poco a poco de llorar, se mordió los labios durante un instante y dijo de repente:

–Yo también voy a intentar matar una «damisela de Pornichet».

Alargó el brazo, cogió la escopeta, apuntó e hizo fuego. Fue un acto brutal y cruel. La muchacha de la barca lanzó un grito agudo seguido de quejas temblorosas y cayó con la cabeza doblada como un pájaro muerto mientras los estertores alzaban su cuello rojo. Nosotros agarramos –demasiado tarde– el brazo de Marianne, cuya cara era apacible y cínica, con la frente pura y sin arrugas. El sol que descendía por el horizonte ensangrentaba la ceniza del cielo y recortaba la junquera verde con reflejos rosa. La cúpula de nubes se doraba en la cima y un círculo de bruma abrazaba la redonda pradera. Los últimos reflejos del día danzaban en la Grande-Brière. La silenciosa inmensidad de las hierbas que se ondulaban en la turbera inundada huían hasta perderse de vista. Las «damiselas de Pornichet» daban vueltas desoladas, gritando alrededor de la muchacha muerta y tironeándole del vestido con sus picos rojos. Entonces Marianne se puso a reír y dijo: «Las grullas se ayudan unas a otras. Así son más fáciles de matar. ¡Vamos! ¡Tiren!»

Los Contrabandistas De Sal

A Charles Maurras

No puedo decir cómo llegué a remar en las galeras del rey porque sería demasiado vergonzoso. Pero que elija entre los cinco tipos de gente que escriben en el agua con plumas de quince pies, turcos, protestantes, contrabandistas, desertores y ladrones y que cada uno tome lo peor; quizá yo fui eso. Conozco las galeras de Marsella; el Rey Sol posee veinticuatro y los forzados son felices en ellas. En el mar hace mucho calor, hay sudores, miserias, las cadenas son pesadas de arrastrar y el olor de la sentina produce la peste. Pero en el puerto, pagando dos ochavos al síndico y al turco y cinco ochavos al artesano que los conduce, pueden ir a la ciudad, ver a sus mujeres y hasta poner un puestecillo en el muelle. Hay seis galeras en el océano y tuve la desgracia de pasar por ellas. Allí sufríamos con la niebla, la lluvia, las grandes olas de fondo que nos hacían soltar de las manos el remo asido a cinco, y los golpes de mar que empapaban nuestro bizcocho; el frío nos daba hambre; sólo teníamos la sopa de las diez, el «rancho», agua caliente con un poco de aceite y habichuelas, y el «jarrillo» de vino aguado que se daba a la chusma y que no nos hacía entrar en calor.

El puente de la galera es plano; a todo lo largo corre un gran banco sobre el que cabalgan tres «cómitres» que nos azotan con el látigo; cada vez que cae alcanza a tres hombres.

Bajo el puente tenemos seis cámaras para las municiones y las vituallas, a las que llamamos Cavial. Escandabar, Campo, Jergón, Taberna y Cámara Delantera. También hay otra cámara estrecha y negra, abierta únicamente por una escotilla de dos pies cuadrados; en los dos extremos hay dos estrados, las «toleteras»; hay tres pies de altura desde la toleteras al puente y un balde en el medio. Es el hospital de la galera. Los enfermos se acuestan en las toleteras con sus cadenas y cuando tienen fiebre golpean el puente con la cabeza y los cuatro miembros. Hay que trepar por entre los moribundos y mantener la cara desviada del balde.

Nuestros camaradas en el verde océano eran contrabandistas de sal, pues la sal es cara en las costas bretonas, ya que la pinta vale casi dos escudos, mientras que en Borgoña se puede comprar mucho más barata. Así pues, los que llevan sus provisiones a Bretaña procedentes de otra provincia son evasores de impuestos. El rey los hace arrestar y marcar, y los envía con nosotros. No había desertores; son fáciles de reconocer porque las grandes llagas de sus caras no se secan jamás al sol; se cortan la nariz para eludir el servicio y los parásitos les roen los ojos. Pero tenemos algunos alegres compañeros en el oficio, de los que no se desesperan nunca. Llevan la marca, una bonita flor de lis, en la frente o en el hombro y a veces el rojo collar de la cuerda del cadalso.

Los contrabandistas de sal lo soportaban mejor que nosotros porque estaban acostumbrados al cielo gris y al mar amarillo y verde, pero no reían nunca porque siempre estaban en rebelión. Así pues, los que estuvieron con nosotros en Marsella no iban nunca a la ciudad con los artesanos a las casas blancas del puerto en las que hay mujeres para los galeotes, y se decía que durante el tiempo de su visita permanecían fieles a las hoscas muchachas que habían vivido con ellos en las salinas.

El martes de carnaval de 1704, nuestra galera, *La Superbe*, daba bordadas en las costas del país bretón. El capitán, señor de Antigny, y los oficiales habían invitado a nuestros tres cómitres, y nosotros estábamos libremente acostados en el puente, felices de poder rascarnos por debajo de las casacas rojas y la camisa de lona, de poder quitarnos los bonetes y restregar nuestras cabezas rapadas contra las bordas. Normalmente, por la noche había que soportar los picores sin moverse; el ruido de la cadena despertaba a los oficiales, y el látigo caía sobre nuestros pobres camaradas.

Cuatro contrabandistas de sal estaban acostados en la cámara de los toletes, cruelmente atados y con el cuerpo ensangrentado; aquel día habían sido castigados con la cuerda de nudos, sujetos en cueros a nuestro cañón de bronce, el *Coursier*; los oíamos gemir bajo el puente.

Iba a adormecerme cuando el primer remo, al que yo estaba encadenado, me dio en el hombro. Cada uno de nosotros va atado a un turco; les llamamos Primer Remo porque sostienen el extremo del remo, ya que son más expertos que nosotros como maestros remeros que compra el rey para las galeras. «Mira —me dijo Primer Remo—; hay brulotes¹ en la mar.»

La bruma era ligera, pero no se veían las costas. Sólo había una larga línea de espuma luminosa y, a trechos, unos a modo de fuegos blancos que parecían burbujear, amarillear y enverdecerse.

En el Mediterráneo, la guerra me había acostumbrado a los brulotes. Los bergantines del duque de Saboya, que luchaban contra nosotros saliendo de Villafranca, de Saint-Hospitio y de Oneglia, los lanzaban a la deriva en mitad de la noche y nosotros los hundíamos con el *Coursier*, que lanza balas de treinta y seis libras.

Pero aquí, en el océano, yo no sabía nada. Los brulotes que yo conocía eran rojos y se movían, mientras que los fuegos que veíamos estaban fijos, tenían luz blanca y daban bruscos relumbrones amarillos. El mar hacía grandes ondas tranquilas; el piloto vigilaba cerca del fanal de proa y una única lámpara de aceite colgaba balanceándose del centro de la tienda que cubría el puente entre los dos mástiles. Todo estaba tan tranquilo, que aquellas llamas sólo podían ser un desastre.

Me arrastré junto a Primer Remo y levantamos la cadena cada uno con una mano. Alargando el oído nos pareció que las canoas topaban con la quilla. Avanzamos arrastrándonos hasta estribor, que miraba a tierra, y con la cabeza por encima de la borda vimos el caique, la larga canoa que se despegaba lentamente de la galera, llena de hombres agazapados, vestidos con camisas blancas y llevando máscaras rojas. Uno de ellos apartaba lentamente el caique del casco con un remo largo. «¡Oh —pensé—, los contrabandistas de sal

¹ Barcos cargados de materias inflamables, que se dirigían contra los buques enemigos para incendiarlos. (Nota del Editor.)

se escapan esta noche que no hay vigilancia!» Pero Primer Remo me arrastró a babor. Anduvimos despacio por entre los cuerpos dormidos, apretando nuestra cadena con los dedos. La canoa pequeña estaba a babor.

Estuvimos en ella en un instante. No hubo cliqueteo ni chapoteo. Primer Remo venía de un país silencioso. Rodeando la popa y evitando la luz del fanal, avanzamos sobre la estela del caique, que balanceaba dulcemente nuestra canoa.

Temblábamos en las sombras por miedo a un golpe de remo o a una llamada. Pero veíamos la costa cada vez más clara y la playa negra donde el mar se rompía en espumas. También veíamos los fuegos blancos cuyo color no era ése, sino el de las masas lívidas ante las que ardían. Oíamos también el extraño crepitar de las llamas cuando lanzaban resplandores amarillos.

Las máscaras rojas de los hombres del caique estaban hechas con sus casacas; las habían agujereado y se habían envuelto la cabeza con ellas. Cuando estábamos a un cable² de la costa, vimos que las masas lívidas eran salinas, que se prolongaban hacia atrás y a unas diez toesas una de otra; ante cada una de ellas ardía un fuego y al lado de cada fuego percibimos mujeres que arrojaban en ellos la sal del rey.

Cuando el caique tocaba tierra, nosotros aún estábamos en medio de la resaca. Los contrabandistas de sal, enmascarados de rojo, saltaron a la playa y cada uno de ellos, reconociendo indudablemente a su fiel muchacha, la agarró en seguida; en un segundo habían desaparecido entre las sombras.

Nos sentimos presos de horror al ver la costa desconocida y desolada, las lívidas masas de sal y los fuegos crepitantes; Primer Remo gritó: «¡Alá!», y se arrojó al fondo de la canoa sin querer tomar tierra.

Mientras dudábamos, brotó una llama junto a una detonación; era el Coursier, que daba la alarma. Un largo gemido cantado resonó en la galera; nuestros compañeros lloraban el *maluré*, como cuando los oficiales superiores nos visitaban en la segunda hora.

Recogimos los remos y volvimos proa hacia el mar, trastornados.

La canoa cortaba el agua y el choque contra el casco nos hizo tambalearnos; nos deslizamos por una portilla abierta. Se oyó ruido de pies de todos los galeotes en el puente y nos mezclamos con nuestros camaradas llevando la cabeza baja. Por la escotilla de la cámara de los toletes aparecían las cuatro caras pálidas de los contrabandistas de sal, encadenados, ensangrentados y retorciéndose de desesperación porque sus amigos los habían olvidado. Sobre el Banquetón, el alto banco donde el capellán dice la misa y alza la hostia para nosotros, el capitán, vacilante, alzaba el fanal del timonel, mientras hacía desfilar en parejas a nuestros compañeros de cadena para saber quiénes eran los fugitivos.

La Flauta

A Rachilde

La tempestad nos había lanzado muy lejos de las costas que solíamos recorrer. Durante largas jornadas sombrías el navío embistió, con el morro por delante, a través de masas de agua verde coronada de espuma. El cielo negro parecía querer acercarse al océano por encima de nuestras cabezas, el horizonte vacío estaba cercado por una marca lívida y vagábamos como sombras en el puente. De cada verga colgaban fanales y las gotas de lluvia resbalaban perpetuamente a lo largo de sus vidrios en tal cantidad que la luz era incierta. A popa, los ojos de buey de la cabina del timonel relucían con un rojo húmedo y transparente. Las cofas eran semicírculos de obscuridad y en la negrura de arriba emergían las velas lívidas a cada salto del viento. A veces, cuando se balanceaban las linternas, reflejaban resplandores de cobre en los charcos formados sobre las lonas enceradas que protegían los cañones.

Nos deslizábamos a favor del viento después de nuestra última presa. Los garfios de abordaje aún colgaban por la carena y el agua del cielo, al correr, había lavado y amontonado todos los restos del combate. Todavía yacían en confuso montón cadáveres vestidos de lienzo con botones de metal, hachas, silbato, trozos de cadena y de cordaje junto a las palanquetas; pálidas manos apretaban todavía las culatas de las pistolas y los puños de las espadas; caras ametralladas y a medias cubiertas por los chubasqueros se bamboleaban en las maniobras y nos deslizábamos por entre los muertos empapados.

El siniestro huracán nos había quitado las ganas de poner orden. Esperábamos que se hiciera de día para recoger a nuestros compañeros y coserlos en sus petates. El barco apresado iba cargado de ron. Atamos varias barricas al pie del palo de mesana y del trinquete, y muchos de los nuestros, agarrados a su alrededor, alargaban los cubiletes o las bocas a los oscuros chorros que brotaban a cada cabeceo del barco entre líquidos ronquidos.

Si no nos engañaba la brújula, el navío corría hacia el sur, pero la obscuridad y el desierto horizonte no nos daban ningún punto de referencia para consultar la carta marina. Unas veces creíamos ver oscuras elevaciones por el oeste, otras veces pálidas playas; pero no sabíamos si las alturas eran montañas o acantilados, o si la palidez de las playas podía ser el mar lívido estrellándose contra los escollos.

En cierto momento percibimos fuegos de un rojo brumoso a través de la fina lluvia y el capitán gritó al timonel que los evitara. Sabíamos que estábamos señalados y perseguidos, y

los fuegos eran, quizá, brulotes. O si bordeábamos costas inhóspitas sin verlas, debíamos temer las señales traidoras de los raqueros³.

Atravesamos la corriente de agua cálida que recorre el océano, y durante algún tiempo las salpicaduras fueron tibias. Después, volvimos a entrar en lo desconocido.

Fue entonces cuando el capitán nos hizo formar, ignorando lo que nos reservaba el porvenir. En mitad de la noche, nuestra tropa se reunió en la toldilla mientras varios hombres sostenían linternas; el capitán de equipo nos dividió en grupos y se oyeron susurros tenebrosos. Cada uno recibió la parte que le correspondía del botín de nuestra expedición, tanto en vestidos como en provisiones, oro, plata y joyas encontradas en las manos, cuellos y bolsillos de hombres y mujeres de los barcos saqueados.

Luego nos hicieron romper filas y nos separamos en silencio. Normalmente, el reparto no se hacía así, sino cerca de nuestro refugio en el islote, al final de la expedición, con el navio abarrotado de riquezas y entre juramentos y querellas sangrientas. Por primera vez no hubo ni una cuchillada ni un pistoletazo.

Después del reparto, el cielo se aclaró poco a poco y la obscuridad comenzó a abrirse. Primero rodaron las nubes y se desgarró la bruma; después, el cerco lívido del horizonte se tiñó de un amarillo más resplandeciente y el océano reflejó las cosas con colores menos sombríos. Una mancha luminosa señaló el lugar del sol y algunos rayos se expandieron a lo lejos en abanico. El oleaje se volvió anaranjado, violeta y púrpura, y los hombres gritaron de alegría porque veían algas flotantes.

Cayó la tarde con un pesado abrazo y nos despertó la blanca y pálida luz de la mañana en los mares australes. Los ojos desacostumbrados a la cálida blancura nos hacían daño, y cuando el vigía anunció: «Tierra ante nosotros», nos precipitamos a las bordas sin ver nada. Una hora más tarde, cuando el cielo estaba densamente azul, percibimos una línea oscura orlada de espuma al fondo del océano.

Pusimos proa hacia allí. Pájaros blancos y rojos rozaron el aparejo. Las olas arrastraban maderas multicolores. Después apareció un punto móvil. Parecía rosa en el mar opaco, bajo el sol incandescente, y cuando se acercó vimos que era una canoa o una piragua. La embarcación no tenía vela y parecía desprovista de remos.

No obstante, venía derecha hacia nosotros, pero aunque llamábamos no había nada visible en ella. A medida que avanzábamos, sólo oíamos un son apacible y dulce que llegaba a favor de la brisa, tan bien modulado que no se podía confundir con el lamento del mar o con la vibración de las cuerdas tirantes de nuestras velas. El son, de una tristeza tranquila, atrajo a nuestros compañeros a los dos flancos del barco y miramos a la piragua con curiosidad.

Cuando el castillo de proa mordía el fondo de una gruesa ola se aclaró el misterio de la embarcación. Era de madera coloreada; los remos parecían haberse ido a la deriva y había un viejo tumbado en el fondo, con un pie desnudo apoyado en la barra del timón. La barba y los cabellos blancos le enmarcaban toda la cara. No llevaba ninguna ropa salvo una túnica a rayas

³ Embarcaciones pequeñas que recorren las costas, pirateando o recogiendo los objetos perdidos en los naufragios. (N. del E.)

cuyos faldones estaban doblados sobre él, y soplaba en una flauta que sostenía con ambas manos.

Amarramos la piragua sin que él se dignara molestarse; tenía los ojos vacuos y quizá era ciego. Debía ser muy viejo, porque los tendones de sus miembros se le transparentaban bajo la piel. Lo izamos hasta el puente y lo tendimos al pie del palo mayor encima de una lona alquitranada.

Entonces, sin dejar de sostener la flauta en la boca con una mano, alargó un brazo y palpó a su alrededor buscando a tientas.

Puso la mano sobre el revoltijo de armas, mazas y cadáveres que se entibiaban al sol, paseó los dedos por el filo de las hachas y acarició la martirizada carne de los rostros. Después retiró la mano y sopló en la flauta con ojos pálidos y vacíos, y la cara vuelta hacia el cielo.

La flauta era blanca y negra y, en cuanto sonó para nosotros, pareció un pájaro de ébano pulido moteado de marfil; las manos revoloteaban a su alrededor como alas.

El primer son fue tenue y frágil, tembloroso como la voz que el viejo hubiera podido tener, y el pasado penetró en nuestros corazones, el recuerdo de las ancianas que fueron nuestras abuelas y del tiempo de inocencia en que éramos niños. Todo el presente se esfumó a nuestro alrededor, movíamos la cabeza sonriendo, nuestros dedos querían manejar juguetes y nuestros labios estaban medio cerrados como para besos infantiles.

Después, el son de la flauta aumentó y fue como un grito de tumultuosa pasión. Ante nuestros ojos pasaron objetos amarillos y rojos, el color de la carne, el color del oro y el color de la sangre. Nuestros ojos se entusiasmaron para responder al unísono y en nuestras cabezas se arremolinó la locura de los días que nos habían arrastrado al crimen. El son de la flauta creció hasta ser la voz sonora de las tempestades, la llamada del viento cuando choca con las olas, el estrépito de los cascos reventados, el aullido de los hombres degollados, el terror de las caras ennegrecidas de hollín cuando van al abordaje con el sable entre los dientes, la queja de las palanquetas y la explosión de aire que producen los cascos de los buques cuando se hunden. Escuchábamos en silencio, inmersos en nuestra propia vida.

De pronto, el son de la flauta se convirtió en un vagido y se oyó el lamento de los niños que vienen al mundo, un grito tan débil y tan quejoso que estalló un aullido de horror. Pues en ese momento, con los ojos abiertos al porvenir, veíamos lo que ya no podíamos poseer y lo que destruíamos eternamente, la muerte de la esperanza para los vagabundos del mar y las existencias futuras que habíamos aniquilado. Nosotros mismos, sin esposas, rojos de asesinatos y ahitos de oro, no podríamos oír jamás la voz de los recién nacidos porque estábamos condenados al balanceo de las olas, bien cuando el puente baila a nuestro alrededor, bien cuando nuestra cabeza, cubierta con un bonete negro, baila en la cuerda de una verga; nuestra vida perdida sin esperanza de crear otras.

Hubert, el capitán de equipo, juró a muerte y arrebató al anciano el pájaro de ébano moteado de blanco. El son murió y Hubert arrojó la flauta al mar. Los vacuos ojos del viejo se estremecieron y sus gastados miembros se pusieron rígidos sin que pudiéramos oír nada. Cuando lo tocamos, estaba frío.

No sé si el extraño hombre pertenecía al océano, pero en cuanto llegó a él, cuando le enviamos a reunirse con su flauta, se hundió y desapareció con su túnica y su piragua; y el grito de un niño que nace no llegó nunca a nuestros oídos ni en la tierra ni en el mar.

La Carreta

A Octave Mirbeau

–¿Lo entiendes? –susurró Charlot a su camarada, cuya cabeza apareció de pronto junto a la lanza de la carreta. El estribo relucía como un cuchillo cuadrado. Los matorrales negros parecían alargar centenares de brazos. Una bocanada de viento apagó la linterna.

–¿Quién ha hecho eso? –dijo el hombre en voz baja y apresurada–. ¿Me oyes, Charlot? ¿Por qué has apagado? Ya no veo esa cosa brillante...

–Vamos, ven por aquí. ¿Qué te pasa? –Charlot le alargó la mano y el hombre se izó por la rueda.

–Ya estás instalado –dijo–. Estoy junto al caballo.

–Ponlo en medio de los dos, en el banco; así estará seguro. ¿Han gritado?

El eje gimió, resonaron los cascots del animal y hubo un repique de pequeños cascabeles que colgaban de la collera y la albarda.

–Eso no –dijo el hombre–. ¡Dios mío! ¿Por qué no has quitado los cascabeles? Se oyen en la noche. No soporto ese ruido. Ya es bastante con el cuchillo que has puesto al lado de la carreta.

–¿Qué cuchillo? –dijo Charlot–. Es la luna la que hace eso en el estribo. Dime, ¿sospechaban los viejos que iríamos a cobrar?

–Nunca los había visto así. Corrían de un lado al otro de la choza como por una pocilga. Se asomaban a las cuatro ventanas y parecían jetas de cerdos en las claraboyas. El llevaba un gorro de noche y los pelos de la vieja le caían en el hocico. Estaban temblando y no podían gritar. Ni siquiera gruñían. Cuando entré de golpe se parecían a esas ratas blancas enjauladas que se exhiben en la feria y que revuelven los ojos colorados. Arqueaban el lomo por los rincones.

–¿Y cuándo oyeron sonar las monedas?

–No las encontré en seguida. ¡Ah, muchacho! Estaban muy bien escondidas. Por lo menos había trescientos cincuenta rimeros de camisas encima. Les dije que eran para ti, lo que te pertenece..., que las necesitábamos para embarcarnos, que se las devolverías en oro rojo y en billetes verdes en cuanto las hubieras recobrado allá con el ganado... todos los camelos, todos los camelos... Entonces colocaban sus miserables caras juntas: «No podemos –decían–, no, no podemos.» Se pegaban a las paredes como animales asustados.

–¿Has tenido calor con mis zapatillas? ¿Eh? Hubieras hecho ruido con los pies y no te hubieran dejado entrar. Yo me las ponía siempre.

–¡Desde luego! –extendió las piernas en el haz de paja suelta que se esparcía debajo del asiento.

–¿No han dicho nada cuando te fuiste?

–¡Charlot!, ¿por qué haces eso? Quitá ese cuchillo; da frío...

–Te digo que es la luna en el estribo, viejo.

La carreta salió de la sombra de los setos. El camino corría liso bajo la luna blanca y azul. Se había levantado viento en lo alto y nubes grises pasaban rápidamente por el cielo.

El hombre se puso a dormir y Charlot lo contempló mientras sostenía las riendas. La cabeza le rebotaba contra el pecho en todos los baches. Había asido el banco con la mano derecha y se aferraba a él.

La carreta se estremecía y el hombre ya no oía el agrio sonido de los cascabeles. El caballo huía paralelo a las nubes. Había altos álamos grises que se bañaban en praderas medio anegadas y vagamente relucientes. En los tocones de las encinas mutiladas habían brotado ramajes separados como los dedos abiertos de un hombre que se ahoga. Los abedules parecían estar desnudos y tener magulladuras blancas. Las estrechas franjas herbosas se estremecían moviendo en el extremo un ramo de temblorosos carrizos.

Luego amainó el viento y las nubes se juntaron por Occidente. Los inclinados álamos se quejaron. Se oía el susurro de las matas de muérdago en el tronco de las encinas. El agua de los inundados prados se hizo chapoteante y las hierbas, arrastradas por ella, se balancearon inquietas. Un hálito pasó entre las briznas de paja esparcidas en la carreta y las crines del caballo se erizaron. Sacudió la collera llena de cascabeles. La lluvia cayó acerada y oblicua.

Charlot la soportó en silencio. Las gotas caían de su gorra y largas líneas húmedas le corrían por la barbilla. Cuando se le mojaron los antebrazos sintió un estremecimiento a lo largo de la espalda y tuvo necesidad de hablar. Tocó a su compañero.

–¿Qué? –dijo el hombre–. Aún no es de día. Tenemos tiempo.

–Es una turbonada –respondió Charlot–. Una turbonada nocturna. Tendremos más como ésta antes de llegar a América.

–Bueno –dijo el hombre–. ¿Y qué? Déjame dormir.

–Yo no puedo –volvió a decir Charlot–. De todas formas, los viejos han sido malas personas. ¡Ah! Ellos lo han querido. Pero todavía estaremos mucho tiempo en un barco antes de establecernos allí. ¿Qué te pasa? ¿Me oyes?

–Ya sabes lo qué me pasa, Charlot. Ya te lo he dicho todo. Ya está. Voy a dormir. No puedo más.

–Después de todo –dijo Charlot–, hago mal en atormentarme. Cuando ya no había nada en su casa, todavía hay. Saben dónde esconderlo los miserables. Yo he reventado de miseria mientras ellos engordaban de alegría. Ahora les toca preocuparse a ellos.

El cielo se aclaraba por el este, y una fría ráfaga hinchó sus ropas. La luz se puso lívida en seguida. La bruma se extendía sobre la inundación. El agua era plomiza. Charlot vio la cara de su compañero, amarilla y azulada en las mejillas, y bajo los ojos, con un pañuelo enrollado alrededor del cuello. Había deslizado la mano por la banqueta dejando huellas de dedos. Charlot miró las marcas rojo negruzco y sacudió al durmiente.

–¡Ah! ¡Basta! –dijo el hombre–. ¡Está amaneciendo! ¿Ya estamos? ¿Qué quieres?

–Eso –dijo Charlot con voz ahogada–. Hay sangre en la madera.

–Bueno, me habré dado un golpe al subir –dijo el hombre mascando las palabras.

–¡Dedos! –gritó Charlot–. ¡Dedos rojos! No los habrás...

–¿Qué hubieras hecho tú? Preguntaste que si habían gritado. Sí, gritaron lo bastante como para despertar a toda la gendarmería. ¿No te querías ir con el dinero? Bueno, ya lo tienes.

El blanco paquete que sonaba en medio de los dos hombres se había embebido de lluvia como si estuviera manchado con posos de vino.

Charlot se lanzó contra el hombre, soltó las riendas y ambos se tambalearon hasta la carretera. El hombre, caído a medias, se sujetó al estribo y juró.

–Eso no es todo –dijo Charlot–. ¿Dónde están mis zapatillas?

–Deben estar en la paja, ahí –dijo el hombre–. Vamos a ver.

Registraron por los dos lados, pero no encontraron nada.

Las blancas mejillas de Charlot temblaban,

–¡Las has dejado en casa! –gritó.

–No me acuerdo –dijo el hombre–. A lo mejor me las he quitado cuando chapoteaba en la sangre.

Se miró los zapatos. Una línea rojiza separaba la suela del empeine.

–¡Me van a reconocer! –gritó Charlot–. ¡Has dejado mis zapatillas en la habitación!

Pero el hombre no contestó. Había cogido un puñado de tierra húmeda y se limpiaba las puntas de los pies. Charlot dio la vuelta a la carreta y lanzó un grito:

–¡Hay sangre en el estribo!

El reluciente estribo parecía una cuchilla de verdugo.

Los dos se arrodillaron en la profunda rodada y mientras el caballo los salpicaba con los cascos bajo la lívida luz del alba, frotaron pacientemente con barro el filo de hierro.

La Ciudad Dormida

A Léon Daudet

Estas páginas fueron halladas en un libro oblongo con tapas de madera; la mayoría de las páginas estaban en blanco. En la primera hoja había dos fémures coronados por un cráneo y groseramente grabados; el libro emergía de las arenas de un desierto inexplorado hasta entonces.

La costa era alta y sombría bajo la luz azul claro del alba. El capitán del pabellón negro dio la orden de atracar. Como las brújulas se habían roto durante la última tempestad, ya no conocíamos nuestro derrotero ni la tierra que se extendía ante nosotros. El océano era tan verde que hubiéramos podido creer que acababa de brotar en medio del agua merced a un encantamiento. Pero nos inquietaba la vita del obscuro acantilado; los que habían echado el ta-rot por la noche, y los que se habían embriagado con la planta de su país, los que estaban vestidos de distinta manera porque no había mujeres a bordo, los que eran mudos porque les habían inmovilizado la lengua, los que se habían vuelto locos de terror al atravesar la plancha de los filibusteros por encima del abismo, todos nuestros compañeros negros o amarillos, blancos o rojos, contemplaban la tierra nueva apoyados en las bordas planas con ojos que se estremecían.

Eran de todos los países, de todos los colores, de todas las lenguas; ni siquiera tenían gestos en común, y sólo estaban unidos por una pasión parecida y asesinatos colectivos. Habían hundido muchos barcos, enrojecido muchas bordas con el filo ensangrentado de sus hachas, reventado pañoles con sus palanquetas, estrangulado silenciosamente a hombres acostados en sus hamacas, asaltado galeones con un inmenso alarido y se habían unido para la acción; parecían una colonia de animales malignos y dispares viviendo en una islita flotante, acostumbrados los unos a los otros, sin conciencia, con un instinto general guiado por los ojos de uno solo.

Actuaban siempre y no pensaban jamás. Vivían día y noche en medio de su propia multitud. En el navío no había silencio, sino un constante y prodigioso ruido. Indudablemente, el silencio les hubiera resultado funesto. Cuando hacía mal tiempo, tenían la lucha de la maniobra contra las olas; cuando había calma, tenían la borrachera sonora y las canciones discordantes; y cuando se cruzaban con un barco tenían el fragor de la batalla.

El capitán de pabellón negro sabía todo esto y únicamente él lo comprendía; él mismo no podía vivir sino en el estrépito, y tenía tal horror al silencio que, durante los apacibles minutos de la noche, agarraba la larga túnica de su compañero de hamaca para oír el son inarticulado de una voz humana.

Las constelaciones del otro hemisferio palidecían. Un sol incandescente horadó la gran extensión del cielo que ahora estaba en un azul intenso. Los Camaradas del Mar arrojaron el ancla e impulsaron las chalupas hacia una cala recortada en el acantilado.

Allí se abría un corredor rocoso cuyos muros eran tan altos que parecían juntarse en el aire, pero en vez de notar un frescor subterráneo, el capitán y sus compañeros experimentaron la opresión de un calor extraordinario; los riachuelos de agua marina que se filtraban por la arena se secaban tan de prisa que la playa entera crepitaba como el suelo del corredor.

Aquel intestino rocoso desembocaba en un campo llano y estéril, ondulado en el horizonte. En la ladera del acantilado crecían algunas matas de plantas grises; animales minúsculos, oscuros, redondos o alargados, con finas alas de gasa transparente o altas patas articuladas, bordoneaban alrededor de las peludas hojas o hacían que la tierra se estremeciera en algunos puntos.

La naturaleza inanimada había perdido la vida móvil del mar y el crujido de la arena; el aire marino topaba con la barrera del acantilado; las plantas parecían estar fijas a las rocas y los animales oscuros, reptantes o alados, se mantenían en una estrecha franja, fuera de la cual ya no había movimiento.

Si el capitán del pabellón negro no hubiera creído, a pesar de ignorar la comarca en que estaban, que las últimas indicaciones de la brújula llevaban el navío hacia el País Dorado en que todos los Camaradas del Mar desean tomar tierra, no hubiera llevado más lejos la aventura y el silencio de aquellas tierras lo hubiera espantado.

Pero creyó que aquella costa desconocida era la orilla del País Dorado y dijo a sus compañeros emocionadas palabras que les despertaron diversos deseos en el corazón. Anduvimos con la cabeza baja, sufriendo por la calma, pues se alzaban en nosotros los horrores de la tumultuosa vida pasada.

Al final de la llanura encontramos una muralla de dorada arena resplandeciente. Un grito brotó de los resechos labios de los Camaradas del Mar, un grito brusco que murió en seguida como ahogado en el aire, porque en aquel país en el que el silencio parecía agrandarse, no había eco alguno.

Como el capitán pensó que esta tierra aurífera sería más rica al otro lado de las dunas de arena, los Camaradas las escalaron trabajosamente; el suelo huía bajo nuestros pasos.

Al llegar al otro lado nos llevamos una extraña sorpresa; la muralla de arena era el contrafuerte de la muralla de una ciudad cuyas gigantescas escaleras bajaban hasta el camino de ronda.

Del corazón de aquella ciudad inmensa no se alzaba un solo rumor de vida. Cuando marchábamos por las baldosas de mármol nuestros pasos sonaban y el ruido se apagaba. La ciudad no estaba muerta, pues las calles estaban llenas de carros, hombres y animales: pálidos panaderos llevando redondos panes, carniceros que mantenían rojos costillares de buey por encima de sus cabezas, alfareros inclinados sobre carretas en las que se entrecruzaban hileras

de brillantes ladrillos, vendedores de pescado con sus cestas, vendedores de salazones con las faldas arremangadas y sombreros de paja sujetos en lo alto de la cabeza, esclavos porteadores arrodillados bajo literas revestidas de telas con flores de metal, recaderos sin trabajo, mujeres veladas que todavía apartaban con el dedo el pliegue que les cubría los ojos, caballos encabritados o tirando tristemente de un aparejo con pesadas cadenas y perros con el hocico levantado o los dientes contra la pared. Pero todas las figuras estaban inmóviles como en la galería de un escultor que amasa figuras de cera; su movimiento era el intenso gesto de la vida bruscamente parada; sólo se distinguían de los vivos por la inmovilidad y el color.

Pues los que habían tenido la cara completamente rojos, con la carne inyectada en sangre; los que habían sido pálidos se habían vuelto lívidos porque la sangre había huido al corazón; aquellos cuyo rostro había sido obscuro en otro tiempo, mostraban ahora una inalterable cara de ébano y los que habían tenido la piel atezada por el sol se habían vuelto amarillos de golpe y sus mejillas estaban color de limón; de modo que en medio de todos aquellos hombres rojos, blancos, negros y amarillos, los Camaradas del Mar pasaban como seres vivos y activos en una reunión de gente muerta.

La terrible calma de esta ciudad nos impulsaba a apresurar el paso, agitar los brazos, gritar palabras confusas, reír, llorar y mover la cabeza como alienados; creíamos que quizá nos respondería alguno de aquellos nombres que habían sido de carne; creíamos que la agitación ficticia detendría nuestras siniestras reflexiones; creíamos librarnos de la maldición del silencio. Pero grandes puertas abandonadas se abrían en nuestro camino; las ventanas eran como ojos cerrados y las torretas de vigilancia situadas en los techos se alzaban indolentemente hacia el cielo. El aire parecía tener peso como algo corpóreo; los pájaros que planeaban sobre las calles, al borde de los muros y entre las pilastras, las moscas inmóviles y suspendidas, parecían animales multicolores aprisionados en un bloque de cristal.

La somnolencia de aquella ciudad dormida provocó en nuestros miembros una profunda lasitud. El horror del silencio nos envolvió. Nosotros que buscábamos el olvido de nuestros crímenes en la vida activa, nosotros que bebíamos el agua del Leteo teñida por los venenos narcóticos y la sangre, nosotros que arrastrábamos de ola en ola una existencia siempre nueva sobre el mar desencadenado, en pocos momentos fuimos encadenados por lazos invencibles.

Pero el silencio que se apoderaba de noso-nosotros hizo delirar a los Camaradas del Mar. Entre los pueblos de cuatro colores que nos miraban fijamente, inmóviles, cada uno escogió para su espantada huida el recuerdo lejano de su patria; los de Asia abrazaron a los hombres amarillos y adquirieron su azafranado color de cera impura; los de África asieron a los hombres negros y se volvieron sombríos como el ébano; los del país situado más allá del Atlántico besaron a los hombres rojos y fueron estatuas de caoba; y los de la tierra de Europa pusieron sus brazos alrededor de los hombres blancos y sus caras tomaron el color de la cera virgen.

Pero yo, el capitán de pabellón negro, que no tengo patria ni recuerdos que puedan hacerme soportar el silencio mientras mi pensamiento vela, huí aterrado lejos de los Camaradas del Mar, fuera de la ciudad dormida; a pesar del sueño y del espantoso cansancio que se apoderan de mí, voy a intentar encontrar otra vez, atravesando las ondulaciones de arena dorada, el océano verde que se agita eternamente y sacude la espuma.

El País Azul

A Oscar Wilde

En una ciudad de provincias que no sabría encontrar otra vez, las pinas calles son viejas y las casas están vestidas de pizarra. La lluvia se desliza a lo largo de los pilotes esculpados y sus gotas caen siempre en el mismo sitio y con el mismo sonido. Las ventanitas redondas están hundidas en los muros como para resguardarse de los golpes. En las callejuelas, lo único atrevido es la hiedra en el remate de las puertas y el musgo en la cresta de los muros, pues las hojas oscuras y brillantes de la hiedra adelantan los dientes y el musgo se atreve a envolver las gruesas piedras exteriores con su terciopelo amarillo, pero los seres son tan evanescentes como la sombra del humo.

Allí todavía hay fanales rojizos colgados en los dinteles y delgadas velas en los candeleros de estaño, paquetes de cerillas azufrosas y pequeños cristales llenos de sombra y de polvo tras los que duermen raros frasquitos cuyos licores fueron verdes y azules. En los vidrios de las ventanas tiemblan fruncidas tocas y a veces se perciben pálidas caras de niños y frágiles dedos que agitan un pelele descolorido, una oca de madera o una pelota despintada.

Allí, una noche de invierno, bajo un porche oscuro, una manecita fría se deslizó en la mía y una voz infantil murmuró en mi oído: «¡Ven!» Subimos una escalera de peldaños vacilantes; daba vueltas en forma de caracol y una cuerda servía de barandilla; las ventanas estaban amarillas de luna y crujía una puerta solitaria agitada por el viento. La manecita fría me apretó la muñeca.

Cuando entramos en la habitación que estaba cerrada por cuatro maderos mal ensamblados y sujetos con un pestillo de cordel, se encendió una ruidosa vela y fue colocada en una botella. Una niña de trece años estaba ante mí, cogida de mi mano; tenía finos cabellos color de oro que caían hasta los hombros y sus negros ojos brillaban de satisfacción. Pero era delgada y menuda y su piel tenía el tono que da el hambre.

–Me llamo Male –dijo y, señalándome con el dedo–: ¿No has tenido miedo, monstruo espantoso, cuando te he cogido la mano?

Después me condujo todo alrededor de la habitación: «Hola, espejo bonito –dijo–, estás un poco roto, pero no importa. Este que te presento es un amigo muy amable. Hola, mesa fea, que no tienes más que tres patas; eres fea, pero te quiero igual. Hola, cántaro, que no tiene boca; eso no me va a impedir besarte para beber de tu agua. Hola, mi casa, te saludo sindi-calmente: hoy tengo compañía.»

Creo que puse un poco de dinero encima de la mesa. Male se arrojó a mi cuello. «¿Quieres? –dijo–, voy a buscar un pan grande, un pan de seis libras; sé bueno durante mi ausencia; hay un viejo álbum de imágenes en cualquier parte.»

Volvió a subir gravemente, con la barbilla apoyada en el pan enharinado, los dos brazos debajo y sosteniendo con las manos el abultado delantal. Dejó caer todo al suelo: «Mira –dijo–, he comprado castañas; así no pasaré apuros; llenan, alimentan y tengo para el invierno.» Las colocó una a una extendidas en el cajón de la mesa, les sonrió antes de cerrar y se sentó en la cama. Después, cogió el enorme pan y mordió directamente; a medida que comía, su carita avanzaba en la brecha y me miraba constantemente para ver si me estaba burlando de ella.

Después de comer suspiró: «Tenía hambre –dijo–. Y Michel también, probablemente. ¿Dónde estará ese bribón? ¿Sabes? Michel es un niño muy desgraciado que no tiene padre ni madre; es espantoso; es jorobado; me ayuda a encender el fuego y me va a buscar el agua; por eso come conmigo, y cuando tengo cuartos, le doy.»

Se oyó el tableteo de unos zuecos y el cordel del pestillo se movió. «Ahí está», dijo Maíe. Vi entrar a un lívido engendro, con las manos y la nariz negras de carbón y el pantalón corto abierto al aire; me sacó la lengua y me hizo una amplia mueca con la boca. «Vamos, Michel, estate quieto –dijo Male–. Lo que tienes que hacer es escuchar a este señor que te está hablando. Date prisa.» Michel volvió a subir con la botella de vino dulce que yo le había encargado.

La estufita de loza fue llenada y encendida. Había algo de madera de derribo, todavía manchada de cemento. Las castañas se asaban bajo la tapadera. Male las había mordido para que les entrara el aire. A veces explotaban y Male les reñía: «Castañas feas, ¿queréis dejar de saltar?» Estaba cosiendo el forro de muletón de una blusa. La aguja se deslizaba con un dulce chirrido. La luz de la estufa iluminaba sus ágiles manos y hacía brillar la tela. Michel, sentado en cuclillas, cerraba los ojos al amor de la lumbre.

–Coso y coso –dijo Male–. Me darán cinco céntimos. ¿No está bien pagado? Dame un poco de vino dulce, monstruo. Bébete lo del fondo: no quiero casarme ni ser ahorcada.

Me contó su vida con su infantil lengua. No sabía nada de nada. Había vagado por los campos representando comedias con unos horribles muchachos. A los nueve años era princesa en una granja, con los pies desnudos encima de la paja y una corona de papel dorado en la cabeza. Todavía se sabía párrafos de sus papeles y me recitó alguno: «¡Oh! Había una función muy bonita –dijo–. Creo que se titulaba *El país azul*. No se veía que era azul, pero uno se lo imaginaba, ¿comprendes? Las montañas eran azules, los árboles, azules, la hierba azul y los animales azules. Yo decía: Príncipe, éste es el palacio del rey, mi padre; es de fuerte acero y la puerta es de hierro candente y está guardada por un dragón de tres cabezas. Si queréis obtener mi mano... Uh... Acaba de saltar una castaña. Michel, pela las castañas en vez de dormir. ¿Es verdad que hay un país azul? Estoy segura de que iré, pero todos los muchachos que hacían comedias conmigo están en la cárcel. Dicen que robaban por las casas... Un día vino un guardia y les dijo, y les dijo..., no importa, no me acuerdo; ya no los he vuelto a ver. Desde entonces vivo en la ciudad; pero es muy triste. Siempre está lloviendo. Sólo se ven pizarras y tiendecitas negras.»

Charlaba de esa manera y luego se enfadó: «Michel, te he prohibido manchar la habitación con las cáscaras. Recógelas. ¡Oh, sucio! ¡Toma! » Se quitó un botín y se lo tiró a la cabeza. Tenía la cara roja y los ojos brillantes.

–No te puedes imaginar lo malo que es. ¡Lo que tengo que aguantarle!

Tuve que dejar a la pequeña Male, pero prometí volver. La vi todos los días mientras ella cosía sin cesar al lado de la estufa. Ahora arreglaba extraños trajes con telas de colores. Su piel volvía a tomar el color de la vida; Male comía por fin. Pero a medida que la miseria se iba, ella se ponía triste. Miraba caer la lluvia. «Monstruo, monstruo feo», decía con los ojos vacíos y los labios blandos. Una vez, al entreabrir la puerta, la vi ante el espejo roto con los cabellos de oro sobre los senos apenas formados y una corona de papel, recortada a tijera, en la cabeza. Cuando me oyó, la escondió: «Michel es malo –dijo–; haría bien de dragón.»

El invierno se acababa. Todavía estaba obscuro el cielo, pero algunos rayos de sol brillaban en el borde de las pizarras. La lluvia caía menos espesa.

Una noche encontré la habitación vacía. Ya no había mesa, ni silla, ni estufa, ni cántaro. Miré por la ventana y me pareció ver que unos hombros torcidos desaparecían por el fondo del patio. Y a la luz del cerillo que utilizaba para subir la escalera vi una pancarta en la pared con estas palabras escritas en grandes letras:

BUENOS DÍAS, MI CASA. MALE Y MICHEL SE HAN IDO AL PAÍS AZUL

La Vuelta Al Hogar

A Catulle Méndez

Era un domingo por la tarde y sonaban las campanas. El sol iluminaba a medias las pinas calles que llevaban al baile. Se veían pasar grupos de muchachas con la cabeza descubierta y una cinta al cuello con el nudo a un lado; reían y charlaban cogidas del brazo. Al pasar por delante del guardia municipal lo saludaban con aire burlón y entraban en la sala de danza.

La cruda luz que caía del techo aumentaba la palidez en la cara de las mujeres. Daban vueltas por parejas en el gran cuadrilátero alrededor del cual iba y venía un grupo apretado de hombres. En el recinto reservado al baile estaban sentadas familias enteras, y las madres, envueltas en una pañoleta negra, llevaban a veces un niño en brazos; niños y niñas de tres o cuatro años que chupaban una barra de caramelo o que abrían mucho los ojos asidos a sus faldas. De vez en cuando venía una muchacha a sentarse junto a ellos recogiendo la cola del vestido. Una de ellas llevaba la melena de cabellos castaños recogida como la cimera de un casco, el busto derecho, los hombros llenos y alzaba la cabeza como una emperatriz con la nariz aguileña, la boca arqueada y una sonrisa desafiante. Bailaba la cuadrilla alzando apenas la falda con dos dedos y pasaba entre el trenzado de los bailarines con la cara muy pálida. Parecía ignorar todos los gestos y todas las provocaciones y el ligero balanceo de sus caderas era como un saludo apenas consentido por su orgullo.

De pronto se formó un enorme tumulto, y un ejército de recién llegados invadió la sala. Iban disfrazados de la manera más extraña y parecían subir de la feria del bulevar Rochechouart. A la cabeza iba un payaso tocado de un clac demasiado pequeño; su coloreado rostro era completamente barbilampiño y su delgada boca caía por los lados hacia el pliegue de las mejillas. Llevaban un largo frac amarillo moteado de leopardo cuyos botones eran una multitud de espejuelos blancos de ojos ennegrecidos bajo la harina; luchadores con flojos maillots, un calzón de cuero, brazos tatuados y pulseras de piel en los puños y en los tobillos; bailarinas con faldas de gasa salpicadas de recortes negro y oro; arlequines enfundados en leotardos hechos de rombos multicolores, con cinturón de cuero y sandalias; tenían miembros nerviosos, azotaban el aire con un sable y llevaban un antifaz de tela, bajo el bicornio, por los agujeros del cual chispeaban los ojos dando un aspecto burlón a su cara; charlatanes con una hopalanda abigarrada; saltimbanquis y prestidigitadores, adivinos, levantadores de pesos, equilibristas y malabaristas, enanos y enanas vendedores de secretos, sacamuelas, cómicos y bufones. Con esta multitud venía una extraña criaturita que podía tener entre veinticinco y

sesenta años, retorció el busto completamente desarrollado sobre un par de piernas demasiado cortas y se contoneaba como un anarón.

Finalmente llegó un grupo de mujeres turcas, rubias y morenas, que se lanzó a la pista de baile; agitaban los amplios pantalones de satén y los ahuecaban, alzaban los brazos algo amarillos con los dedos metidos en los grandes cinturones y hacían entrechocar todas las piececillas sonoras y los oropeles que llevaban en los cabellos.

Una de ellas iba toda vestida de rojo con ce-quíes dorados en la frente y tenía los cabellos negros y rizados; era muy flexible y en seguida se puso a bailar con la cabeza doblada. Sonreía a las insinuaciones, cimbrea desvergonzadamente las manos, levantaba la pierna de manera descarada, alzaba los hombros desafiando a una Carmen que daba una gran espantada al fondo de la sala, daba secos golpes con el revés de la mano en los brazos de los que no ponían cuidado en las figuras de la cuadrilla, hablaba ceceando con la nariz vuelta al viento y acechaba las miradas del payaso cubierto de espejuelos.

En el otro lado, la orgullosa bailarina seguía la cuadrilla con sus grandes ojos tranquilos, su nariz afilada, su perfil imperial y sus movimientos sobrios. El payaso la vio en seguida, se deslizó hasta ella y, poniéndosele delante, hizo varios volatines mientras agitaba los brazos como aspas de molino.

Ella lo miró con mucha sangre fría mientras la pequeña oriental roja le lanzaba furiosas ojeadas. Finalmente, cesó la música de la cuadrilla y el payaso agarró a la bailarina por el talle y la condujo al fondo de la sala, donde se servían consumiciones en mesas de madera colocadas bajo una especie de bóvedas. Ella no gritó ni hizo ningún esfuerzo por soltarse, pero azotó rápidamente con los dedos la gesticulante cara del payaso.

Se dejó instalar en un banco sin decir palabra, humedeció los labios en un vaso de ponche y miró fijamente hacia un punto en el vacío por encima de la cabeza del payaso, que agitaba las mangas, hacía sonar el resorte de su sombrero, guiñaba los ojos y resplandecía con todos sus espejos.

La morena, con su chaqueta y sus pantalones rojos, huyó hacia la entrada, agitada por los sollozos. No dejaba de decir: «Quiero irme, quiero, irme.» Luego se dejó caer en una silla ante una mesita pintada; sus lágrimas trazaban surcos negros en el polvo de arroz que le cubría la cara, y desgarraba el pañuelo con los dientes.

Yo estaba allí e intenté hablarle para consolarla. Pero ella me rechazó con los dos brazos y siguió llorando; sus hombros subían y bajaban entrecortadamente a causa de los hipos, y hundía la cara en las manos. Por fin me dijo, entre sollozo y sollozo, que amaba con locura al payaso, pero que su conducta demostraba claramente lo ingrato que era; luego se enfadó y lo insultó; luego lloró otra vez; y movía constantemente la cabeza diciendo: «¡Quiero irme, quiero irme!»

Finalmente, me abrió su corazón y me dijo lo siguiente: «Estoy harta de tu París que lo come, lo devora y lo vomita todo; las casas están llenas de mujeres que se mueren y de hombres que las explotan; todos los hoteles son guaridas espantosas; todos los cafés son antros en los que os acecha alguna fiera. Cuando una se divierte, tiene gas o madera pintada encima de la cabeza; cuando una se ríe salpica polvo de arroz y se le cuarteja la pintura; cuando una llora no hay un solo sitio donde dejar caer la cabeza sin oír una burla. Si estáis enferma sólo encontraréis el hospital con blancas camas que tienen aspecto de sudarios. Estáis

mancillada antes de haber amado y si amáis, otra os traiciona. Las calles están llenas de gente hambrienta de pan y de amor. Aquí roban en todas partes. Os roban el bolsillo y os roban el corazón. Nadie posee nada seguro, nada es sólido, ni siquiera la ropa (estaba haciendo jirones el vestido). Nadie se apiada de vosotros; ni los hombres que se ríen, ni las mujeres que os guardan rencor, ni los horribles niños que son los más crueles de todos. Una noche de invierno vi a una mujer junto a una puerta cochera; un grupo de jóvenes se burlaban de ella y la desgraciada estaba llorando y llorando. Nadie tiene tiempo para apiadarse. Apenas si se tiene tiempo de despertar piedad en los demás. Se sale del salón de un café a la acera del escaparate, y de ahí al montón que los barrenderos se llevan por la mañana. Va muy rápido: tres, cuatro años, y ¡a la cesta con ello! «Quiero irme. Volveré a mi casa, al campo.»

Le pregunté qué es lo que hacía allí.

—¿Qué es lo que hago? Soy porqueriza, mejorando lo presente. ¡Ah! ¡Cómo me voy a divertir! ¿Sabe usted? Tenemos el cielo azul sobre la cabeza, aire puro, agua buena y buen pan. Allí está Piárre, que me dará leche. Cogemos cigarras en los campos y les tejemos jaulas en la sombra. Azotaremos a todos nuestros animales, sobre todo a los negros y a los blancos porque tienen la cola retorcida y son muy glotones. Veremos la puesta de sol y estaremos llenos de barro, sucios, colorados, contentos...

Y la odalisca huyó, alcanzó la puerta y desapareció. Entonces, bajo las lámparas que se encendían y el humo de los cigarros que subía hacia el techo, creí ver París abrazado por una inmensa puesta de sol que lanzaba reflejos rojizos a los bailes y a los cafés, mientras que por los blancos caminos, rosados por los últimos rayos de sol, se alejaban hacia sus provincias filas de pequeñas porquerizas abandonando la capital con el pañuelo en los ojos y el hatillo al hombro.

Cruchette

A W. G. C. Byvanck

–¿Te queda aún un poco de agua en el escondrijo, compañero? Me muero... –dijo Jambe-de-Laine.

–Ni una gota –contestó Silo–; pero Cruchette va a venir.

El sol inyectaba los ojos en sangre hasta tal punto que los guijarros parecían rojos. El brezal estaba seco y las campánulas azules caían sobre la hierba requemada. Al final de la landa había un bosquecillo de chaparros y, en él, el grito de los pájaros sonaba a fresco. Silo y Jambe-de-Laine estaban sentados en medio de los montones pedregosos, agotados por el calor, y golpeaban flojamente los guijarros con sus mazas de plomo.

–Bueno, Petite-Jambe –dijo Silo–, si hubieras sido el Joyeux te hubiera dejado tieso en el camino o dentro de un hoyo. ¡Animo!, la tropa va a replegarse; tienes los brazos de leche, pobre hombrecito. Venga, voy a partir tu maldita piedra. Cuidado que voy a dar en el montón.

–Me encuentro mal –dijo Jambe-de-Laine levantando un poco su pálida cara.

–Vamos, soldado –replicó Silo–, ¿te vas a morir en un campo lleno de piedras ? Ahí está Cruchette; no hay desertores y todo está limpio como el oro; ¡por fin vamos a beber!

Por detrás de los montones de guijarros apareció la cara temerosa de una muchacha morena; espió los alrededores, se limpió las mejillas y llevó un cántaro a la sombra del montón en que trabajaban Silo y Jambe-de-Laine.

–Cruchette, Cruchette –dijo Silo–, mi compañero está enfermo. Dale un trago de agua fresca; es un buen muchacho y está triste. Yo os dejo; si viene el sargento os escondéis en la cuneta; yo voy a arreglar el mango de la maza.

Cruchette se deslizó tímidamente hasta las piedras. Jambe-de-Laine bebió largamente con el blusón colocado sobre el cacharro; después miró a la muchacha a los ojos: «¿Eso es todo?», dijo.

–Lo que quieras –contestó Cruchette.

No los vigilaban mucho. Los sargentos pasaban de hora en hora porque sabían que los hombres castigados con la cárcel prefieren el trabajo en las piedras al pelotón de castigo. Manejaban la maza de plomo desde la llamada de la mañana a la de la tarde, con la boina calada hasta los ojos y volvían a la prisión durante la noche. Silo había servido en África y conocía las compañías en las que se está siempre bajo la amenaza del revólver. Tenía la cara huesuda y atezada, largos miembros y ojos feroces. Nadie sabía de dónde venía Jambe-de-Laine. Era débil, perezoso y cobarde. Pero tenía la sonrisa tierna, la mirada llena de encanto y el andar indolente.

Silo y Jambe-de-Laine intimaron como dos hermanos. El viejo, que había sudado en los hoyos del país del sol, mostraba una gran solicitud hacia el joven. Normalmente doblaba su trabajo partiendo las piedras de Jambe-de-Laine. cuando aparecía la llamada Cruchette, mediado el día. Silo la acompañaba hasta donde estaba «el hermanito que no tenía agallas».

–Aquí está Cruchette –decía, y continuaba escupiendo de lado–. Pequeño, aquí tienes de beber. No estés más triste.

¿De dónde venía Cruchette? La muchacha del cántaro⁴ vagaba entre los prisioneros como una mariposa que vuela alrededor de una llama. Les ofrecía el cacharro y la boca; apenas hablaba y lloraba con los más jóvenes. A veces tenía retamas en los cabellos, las manos manchadas de tierra y los senos perfumados de heno. Si se notaba rojas las mejillas las apoyaba en el vientre oscuro de su cántaro para aclararlas. Parecía amar a su país y sus landas pedregosas.

–Cruchette –le dijo Jambe-de-Laine tumbado en la cuneta con una mano bajo la cabeza–, esto no es vida. Todavía me quedan cuarenta días. ¿Quieres que nos vayamos?

Cruchette le miró con los ojos muy abiertos.

–Sí –continuó Jambe-de-Laine–, ya he hablado de eso con Silo. El mar está cerca y él sabe ir. Hay una cala por ahí cerca. Desataremos una chalupa. Iremos a Inglaterra. Allí encontraremos dónde trabajar, en los muelles. Aprenderé el oficio. Podemos ir luego hasta las Indias, donde los hombres son del color del cobre. Si tenemos suerte iremos a sus montañas que están llenas de oro y haremos todo lo que queramos.

Cruchette movió la *cabeza*. Dos gotitas transparentes cayeron por sus mejillas. Jambe-de-Laine le acarició el pelo. «Déjame llorar –dijo ella–, eso me aliviará. ¿Cómo quieres que vaya? Estoy descalza. Me echarán de todos los barcos. Yo no sé lo que son las Indias; aquí me gustan mis flores amarillas y los hombres que trabajan en las piedras y a los que doy de beber. Pero ¿tú te vas a ir, amiguito?»

Jambe-de-Laine se encogió de hombros.

Pasaba la hora de calor. Silo silbó dulcemente para advertir que llegaba el sargento. Ambos, sentados en cuclillas, alzaron la maza y la dejaron caer con un gran ruido de piedras. Luego se alargaron las sombras. Se oyeron voces. En el puesto de mando se levantaron los hombres con sus blusones y fueron en fila a dejar sus martillos de plomo a los pies del jefe de escuadrón. Luego formaron en columna de a cuatro para volver al cuartel. No se pasó lista antes de meter a los soldados en la prisión donde las escudillas repletas estaban colocadas en

4 Juego de palabras: Cruchette es el diminutivo de *cruche* (cántaro). (N. del T.)

los banquillos. Pero por la tarde, cuando el comandante del puesto contó a los prisioneros en la sala embaldosada, con la linterna en la mano, le faltaban dos hombres: Jambe-de-Laine y Silo.

Habían escondido los blusones y las boinas bajo las piedras. Con la cabeza descubierta y la camisa desabrochada seguían el borde del camino que lleva al mar. Soplabla la brisa nocturna. Jambe-de-Laine andaba más despacio.

–Vamos –dijo Silo–, ya no estás en la cárcel, muchacho; tienes plumas en las patas, como las lechuzas que vuelan por la noche.

El aire estaba salado. Ya no hablaron más mientras sus borceguíes hacían crujir la tierra seca. Los setos, blancos de bruma, se oscurecían tras ellos. Al filo del horizonte se veían oscuros molinos de viento que giraban las aspas, todavía un poco enrojecidas de sol.

–¿Y Cruchette? –dijo Silo de pronto–. ¡Bah! En las Indias encontraremos Cruchettes de ojos dulces. Pero muchacho, ahora ya no estás en la desgracia y habrá que compartirlas.

Jambe-de-Laine no contestó. Quizá estaba cansado. La landa descendía gris hacia el mar; se oía romper a las olas. Silo llevó a su cama-rada por el camino de ronda hasta la pequeña cala donde había una barca con los remos recogidos y encallada en la arena. Cuando se acercaron surgió una forma femenina del interior de la barca:

–Me voy con vosotros –dijo riendo a través de las lágrimas.

–¡Cruchette! –dijo Jambe-de-Laine–. ¡Viene con nosotros! ¡Cruchette ha venido!

–Es para mí, muchacho –dijo Silo con voz profunda.

–Es para mí, viejo –gritó Jambe-de-Laine.

–Oye, que ya no estamos en las piedras.

–Se hace lo que se quiere y yo la necesito más que tú.

–Cruchette –dijo Silo.

–Cruchette –dijo Jambe-de-Laine.

Ella corrió a ponerse entre los dos: pues uno frente a otro, cerca de la barca y de las olas que se estremecían a la luz de la luna que salía, habían sacado sus blancos cuchillos.

Bargette

A Maurice Pottecher

En la unión de los dos canales había una esclusa alta y negra; el agua, tranquila, era verde hasta la sombra de las murallas; en la cabana del guarda, que era de planchas alquitranadas y donde no había ni una flor, los postigos se agitaban con el viento; por la puerta entreabierta se veía la cara delgada y pálida de una niña con los cabellos revueltos y el vestido recogido entre las piernas. En la margen del canal las ortigas subían y bajaban; venían bandadas de semillas aladas de principios de otoño y pequeñas bocanadas de polvo blanco. La Cabana parecía vacía, el campo era triste y una franja de hierba amarillenta se perdía por el horizonte.

Cuando la corta luz diurna descendía, se oía el jadeo del pequeño remolcador. Apareció más allá de la esclusa; el conductor, con la cara manchada de carbón, miraba indolentemente por la puerta de chapa; tras él una cadena se desenrollaba en el agua. Detrás venía una barcaza oscura, ancha y plana que flotaba apaciblemente; en el medio llevaba una casita muy blanca, cuyos cristallitos eran redondos y dorados; alrededor de las ventanas trepaban enredaderas amarillas y rojas y a ambos lados del umbral había artesas llenas de tierra con muguete, reseda y geranios.

Un hombre estaba sacudiendo una blusa empapada en el borde de la barcaza y dijo al que sostenía el bichero:

–Mahot, ¿quieres comer un bocado mientras abren la esclusa?

–Vale –respondió Mahot. Colocó el bichero en su sitio, saltó por encima de una pila hueca de cuerda enrollada, y se sentó entre las dos artesas con flores. Su compañero le dio una palmada en el hombro, entró en la casita blanca y volvió con un papel grasiento, un mendrugo grande y una jarra de barro. El viento hizo saltar la envoltura aceitosa hasta las matas de muguete. Mahot la recuperó y la arrojó a la esclusa. El papel voló hasta los pies de la niña.

–Buen provecho –gritó el hombre–, nosotros estamos cenando.

Y añadió:

–Soy el Indio, para servirla, paisana. Di a los compañeros que hemos pasado por aquí.

–Estás de broma, Indio –dijo Mahot–. Deja en paz a la jovencita. Es porque tiene la piel morena, señorita; así lo llamamos en las chalanas.

Una vocecita aflautada les contestó:

–¿Dónde va la barcaza?

–Llevamos carbón al Mediodía –gritó el Indio.

–¿Dónde hay sol? –dijo la vocecita.

–Tanto que ha atezado el cuero del viejo –contestó Mahot.

La vocecita siguió tras un silencio:

–¿Queréis llevarme con vosotros en la barcaza?

Mahot dejó de masticar su rebanada. El Indio dejó la jarra para reírse. 184

–Mirad eso, ¡la barcaza! –dijo Mahot–. Señorita Bargette⁵, ¿y tu esclusa? Ya veremos mañana por la mañana. Tu papá no estará nada contento.

–¿Es que dura uno mucho en esta comarca? –preguntó el Indio.

La vocecita no dijo nada más y la cara delgada y pálida volvió a su cabaña.

La noche cerró las murallas del canal. El agua verde subió a lo largo de las compuertas. En la casita sólo se veía la luz de una vela detrás de las cortinas rojas y blancas. Había chapoteos regulares en la quilla y la barcaza se balanceaba y se alzaba. Un poco antes del alba rechinaron los goznes con un arrastrar de cadenas, se abrió la esclusa y el barco flotó hasta más arriba arrastrado por el pequeño remolcador jadeante. Cuando los vidrios redondos reflejaron las primeras nubes rosadas la barcaza había dejado atrás la campiña triste en la que el viento sopla sobre las ortigas.

El Indio y Mahot se despertaron con el tierno canto de una flauta que hablaba y golpecitos dados en los vidrios.

–Los gorriones han pasado frío esta noche, viejo –dijo Mahot.

–No –dijo el Indio–, es una gorriona; la niña de la esclusa. Está ahí, ¡te lo aseguro! ¡Caramba!

No pudieron evitar una sonrisa. La niña estaba roja de aurora y dijo con su voz menuda:

–Me habríais dejado venir mañana por la mañana. Ya es mañana por la mañana. Voy con vosotros hasta el sol.

–¿Hasta el sol? –dijo Mahot.

–Sí –respondió la pequeña–. Allí hay moscas verdes y moscas azules que alumbran por la noche; hay pájaros del tamaño de una uña que viven en las flores; hay pan en las ramas de los árboles y leche en las nueces, y ranas que ladran como perros grandes y cosas... que

5 Juego de palabras: Bargette es el diminutivo de *barge* (barcaza). (N. del T.)

van por el agua... calabazas, no, animales que esconden la cabeza en una concha. Se hace sopa con ellos. Son... calabazas. No, no lo sé... ayúdenme.

–Que el diablo me lleve –dijo Mahot–. ¿Quizá son tortugas?

–Sí –dijo la pequeña–. Son... tortugas.

–Deja eso –dijo Mahot–. ¿Y tu papá?

–Ha sido papá quien me lo ha dicho.

–Eso es demasiado –dijo el Indio–. ¿Qué te ha dicho?

–Todo lo que te estoy contando; las moscas que dan luz, los pájaros y las... calabazas. Papá era marino antes de abrir la esclusa. Pero papá está viejo. En nuestra tierra llueve siempre. Sólo hay plantas dañinas, ¿no sabéis? Yo quise hacer un jardín, un bonito jardín en nuestra casa. Fuera hace demasiado viento. Pensaba quitar las planchas del centro del parquet y hubiera puesto tierra buena, hierba, rosas, flores rojas de las que se cierran por la noche, y lindos pajaritos como ruiseñores, verderones y chorlitos para que hablaran. Papá me lo ha prohibido. Me ha dicho que eso estropearía la casa y produciría humedad. Entonces yo no quiero humedad. Entonces me voy con vosotros para ir allí.

La barca flotaba lentamente. Por las orillas del canal huían hileras de árboles. La esclusa estaba ya lejos. No se podía dar la vuelta. El remolcador silbaba hacia adelante.

–No vas a ver nada –dijo Mahot–. No vamos hasta el mar. No encontraremos nunca a tus moscas ni a tus pájaros ni a tus ranas. Habrá un poco más de sol y nada más. ¿Verdad, Indio?

–Desde luego –dijo.

–¿Desde luego? –repitió la pequeña–, ¡Embusteros! ¡Yo lo sé, hala!

El Indio se encogió de hombros.

–De todas formas no hay que morirse de hambre –dijo–. Ven a tomarte la sopa, Bargette.

La niña conservó ese nombre. Les hizo compañía en la barcaza por los canales grises y verdes, fríos y tibios, esperando llegar al país de los milagros. La barcaza bordeó los campos morenos con sus delicados brotes, y los arbustos delgados empezaron a mover las hojas; amarillaron los trigales y las amapolas se abrieron a las nubes como copitas rojas. Pero Bargette no se puso contenta con el verano. Se sentaba entre las dos artesas de flores mientras el Indio o Mahot manejaban el bichero y pensaba que la habían engañado. Pues a pesar de que el sol lanzaba alegres redondeles al suelo a través de los cristalitos dorados, a pesar de los martín-pescadores que cruzaban por el agua y de las golondrinas que sacudían el pico mojado, ella no había visto los pájaros que viven en las flores, ni la vid que trepa por los árboles, ni las gruesas nueces llenas de leche, ni las ranas que parecen perros.

La barcaza llegó al Mediodía. Las casas a orillas del canal estaban floridas y llenas de hojas. Las puertas se coronaban de tomates rojos y en las ventanas había cortinas hechas con ristras de pimientos.

–Eso es todo –dijo un día Mahot–. Pronto desembarcaremos el carbón y volveremos. Tu papá se pondrá contento, ¿no?

Bargette movió la cabeza. Por la mañana, cuando el barco estaba aún amarrado, oyeron de nuevo unos golpecitos en los cristales:

–¡Embusteros! –gritó una voz aflautada.

El Indio y Mahot salieron de la casita. En la orilla del canal había una cara delgada y pálida que les miraba; y Bargette les gritó otra vez mientras huía hacia más allá de la ribera:

–¡Embusteros! ¡Sois todos unos embusteros!